

## CAPÍTULO IV. UN ÚNICO CARISMA MARIANISTA Y TRES FORMAS DE VIDA: VIDA LAICAL, VIDA RELIGIOSA E INSTITUTO SECULAR.

### 1. COMUNIDAD, CARISMAS Y MINISTERIOS

Trataré en este último capítulo de definir la identidad de cada una de las formas de vida marianista: laical, religiosa, instituto secular. Tradicionalmente se hablaba de tres estados: laicos, religiosos, sacerdotes, situados en dos órdenes laicado y jerarquía. Claro que las tres formas de vida marianista no corresponden a las de los tres estados. Hoy por hoy no existe una forma diocesana de vivir el carisma marianista, como hubo entre los congregantes del P. Chaminade. La vida de la Alianza Marial, como Instituto secular, es una vida consagrada como la vida religiosa. Con todo hablaré de tres formas de vida.

El Vaticano II, al redescubrir la dimensión carismática de todo el pueblo de Dios, ha realizado una auténtica revolución copernicana<sup>1</sup>. Dios trae el reino. El reino es gracia. La gracia del reino es sobre todo el Espíritu. Este se manifiesta en sus múltiples carismas. Por carismas entendemos un don sobrenatural y gratuito del Espíritu en vistas de un determinado servicio a realizar para la edificación de la comunidad. El mundo está lleno de carismas porque el mundo está lleno del Espíritu. Allí donde hay reino de Dios, allí hay carismas del reino. En la medida en que el reino desborda la realidad de la Iglesia, instrumento al servicio del reino, el carisma adquiere un carácter universal que excede el ámbito de la Iglesia, pero en ella adquieren un particular relieve y concentración. Los carismas recaen sobre todos los miembros de Cristo, pastores, laicos y religiosos. Todos hacemos presente a Cristo en el mundo. La vida según el Espíritu, condición del cristiano, viene antes de toda articulación y variedad en el interior de ésta. Ninguno en la Iglesia tiene derecho a la pasividad, a la división, al estancamiento o a la nostalgia del pasado. El Espíritu, en efecto, está siempre vivo y operante en todos con una imaginación y creatividad inagotable. En la Iglesia todos vivimos las mismas realidades pero de diversas formas. Corresponsabilidad, comunión y apertura al futuro de Dios constituyan, por tanto, el nuevo estilo de vida eclesial.

En la línea del Vaticano II habría que superar el binomio jerarquía-laicado y el concepto mismo de laicado. La Iglesia no se identifica con el ministerio jerárquico, respecto al cual los otros bautizados si situarían como una totalidad indistinta, como un rebaño pasivo que guiar. No existe una Iglesia totalmente docente y una Iglesia totalmente aprendiz, ni una Iglesia que sólo da y una Iglesia que sólo recibe. Todos en la Iglesia han recibido el Espíritu y todos deben manifestarlo en el compromiso de la vida común. Todos son, cada uno según el don recibido, Iglesia docente y todos Iglesia aprendiz. La Iglesia es el nuevo pueblo de Dios en el interior del cual el Señor da dones diversos, estableciendo diversos ministerios, entre los cuales el ministerio ordenado. La Iglesia es comunión, unidad profunda que brota de la iniciativa trinitaria y variedad

---

<sup>1</sup> Cf. D. A. Fleming, "Nuevas ideas sobre los ministerios de la Iglesia y lo que esto significa para la Compañía de María", en *Marianist Symposium '75. Estudios y Actas*, Glencoe 6-25 de julio de 1975, ps. 1-35; los artículos del DRVM: J. L. Heft, *Bautismo*, J.M. Artadi, *Carisma*, M. Cortés, *Castidad*, L. Favero, *Consagración religiosa*, F. J. García Vinuesa, *Familia Marianista*, J. Bielza, *Obediencia*, J. B. Armbruster, *Perfección religiosa*, F. Cano-Manuel, *Pobreza*, L. Favero, *Profesión religiosa*, J. M. Salaverri, *Santidad*, N. Brivio, *Vocación*; además J. Anso, *Con los pobres de la tierra*, SM 3OFFICES, nº 75, 1 Diciembre 1997, pp. 1-14.

riquísima suscitada por la multiplicidad de dones del Espíritu. Al binomio jerarquía-laicado hay que sustituirlo por el binomio comunidad-ministerios. De esta manera, mientras se subraya la unidad bautismal, eucarística y pneumatológica de todo el pueblo de Dios, se pone en evidencia la variedad carismática y ministerial en el interior de él. Por eso aunque de una parte se debe hablar en general de cristianos, por otra parte lo que es necesario definir es el ministerio, la variedad en la unidad, lo específico en la totalidad. Con otras palabras, la característica propia del laicado no existe porque positivamente no existe el laicado. Existen los cristianos, los bautizados, a los que el Espíritu da dones y ministerios diversos. El problema es pues el de precisar lo específico de los diversos ministerios.

Es en esta misma perspectiva en la que hay que superar el otro binomio usado para presentar el pueblo de Dios, el de religiosos-no religiosos. Ambas categorías pueden incluir laicos y ministros ordenados. Esta distinción se refiere al estado o forma de vida elegido por don del Espíritu Santo y con la aprobación eclesial, con vistas al fin común a todos, la santidad. El fundamento de la vida religiosa es la consagración bautismal. También aquí la unidad precede y vivifica la distinción y ésta tiene un valor funcional en orden a realizar el seguimiento de Cristo, según la vocación dada a cada uno. El binomio comunidad-carismas y ministerios expresa mejor la condición cristiana común, el carácter carismático de cada estado y su finalidad eclesial. El estado religioso es una estructura *en* la Iglesia en orden de alcanzar el fin de la santidad. Es una forma de vida que nace del don de Dios y del reconocimiento eclesial. Hace de los llamados un signo vivo del primado del Señor sumamente amado y del reino definitivo al que nos llama para la totalidad del pueblo santo. En esta eclesiología de comunión se subraya la riqueza pneumatológica de la Iglesia, y el Espíritu aparece actuando en toda la comunidad para hacer de ella el Cuerpo de Cristo. El suscita en ella la multiplicidad de carismas, que se configuran en la diversidad de ministerios al servicio del crecimiento común. De esta manera todo el pueblo de Dios aparece en sus dinamismos más profundos porque no está establecido de una vez para siempre de forma autosuficiente hasta el fin de los tiempos gracias al ministerio jerárquico. Por el contrario se le ve continuamente suscitado y vivificado por la fidelidad del Espíritu, que es al mismo tiempo novedad siempre nueva y actualización en el tiempo del único e irrepetible misterio de la encarnación del Verbo. Esta concepción abre la vía de una nueva madurez de los bautizados fundada sobre la conciencia de la propia dignidad cristiana y de la responsabilidad de discernir cada uno los propios carismas para ponerlos al servicio de todo el pueblo de Dios. Todas las formas de vida, pues, son carismáticas y sus miembros tienen el derecho y el deber de ejercer diversos ministerios para la construcción de la Iglesia y del mundo.

Por su parte la teología de los carismas de los fundadores, como *don a la Iglesia* y utilidad de la misma, está suponiendo un verdadero cambio de perspectiva. El carisma de un fundador no es monopolio de sus religiosos que están llamados a vivirlo y mediarlo (ChL 24). Es un proyecto eclesial en el que deben comenzar a tomar parte los diversos integrantes de la misma Iglesia. El Instituto religioso no es más que una de las posibles formas de realización y de fecundidad del carisma de un fundador. Los carismas unen y reúnen a los de identidades diversas; son un don para la misión y en esa misión nos reencontramos los marianistas. El proyecto misionero del P. Chaminade de regenerar la Iglesia de su tiempo empezó con los seculares y sacerdotes diocesanos, pero abierto a la vida religiosa. A todos trató de inculcar su visión y su espiritualidad carismática.

## 2. LAS RELACIONES MUTUAS EN LA FAMILIA MARIANISTA

Hoy día ya no es posible definir cada una de las formas de vida independientemente unas de otras y después ver qué tipo de relaciones establecen entre ellas. La identidad de cada una de las formas viene dada por su relación con las otras, por aquello que cada una es para las otras y lo que las otras son para ella. Existe una distinción carismática dentro de lo común. Ponemos determinados acentos en lo que es de todos. Por eso la identidad no es identidad por exclusión sino por acentuación de elementos comunes a todos. De ahí nace la circularidad de los carismas, del intercambio de dones. Es en la correlación donde adquirimos la identidad. La vida consagrada tiene identidad cuando es un verdadero carisma para la vida seglar. Y cuando los seglares dicen: sois un regalo para nosotros, entonces estamos siendo un regalo para la Iglesia o para los ministros ordenados. Y cuando los ministros ordenados son un regalo para nosotros, también son carisma para nosotros. Y en este intercambio de dones es cuando cambiamos de identidad. Por eso es una identidad dinámica, no es una identidad hecha de una vez para siempre. Es la identidad de la vida. Esto supera lo que son definiciones estáticas. Lo que sí podemos señalar es lo que cada una de las vocaciones es para las demás. Los laicos tienen como aspecto peculiar, si bien no exclusivo, el carácter secular, los pastores el carácter ministerial y los consagrados la especial conformación con Cristo virgen, pobre y obediente (VC 31). Esto confiere a la vida religiosa sobre todo un carácter escatológico, al que apunta ante todo la virginidad (VC 26; ChL 55).

### 2.1 *Unidad, diversidad, complementariedad*

*Vita Consecrata* pide colaboración, interacción y comunión (VC 54), sobre todo en el horizonte de la llamada nueva evangelización, responsabilidad de todo el pueblo de Dios<sup>2</sup>. También a los laicos les toca hacer el anuncio explícito del evangelio, el servicio a la persona humana y la promoción de la comunión entre los hombres (ChL 32-44). Así, de espectadores o destinatarios de la misión se convierten en protagonistas de la misma. Las relaciones mutuas entre las diversas formas de vida deben traducir en la práctica los principios de unidad, diversidad y complementariedad. En la Familia Marianista debemos:

1) Poner de relieve lo que es común entre los grupos para profundizarlo. Hay una común llamada a vivir el carisma marianista y su espiritualidad; hemos nacido de la misma intuición carismática. Todos reconocemos en la vida marianista nuestra particular vocación en la Iglesia. Tenemos una misión común y un padre y fundador

---

<sup>2</sup> Sigo y resumo a J. M. Arnaiz, *Vivir en comunión vital. Papel de la Compañía de María (SM) en relación con las Comunidades Laicas Marianistas*, SM 3 OFFICES N° 97 (2000); J. M<sup>a</sup> Arnaiz, “Con ellos y con ellas. La Vida Religiosa al interior de una familia espiritual”, *Testimonio* 150 (1995) 16-25, todo el número de la revista sobre el tema de las familias espirituales; sobre la perspectiva de la Iglesia comunión, cf. B. Forte, *La Chiesa della Trinità. Saggio sul mistero della Chiesa comunione e missione*, San Paolo, Cinisello Balsamo 1995. Para un planteamiento general de la relación entre religiosos y laicos, cf. G. F. Poli, “Religiosi e laici: osare la svolta. Il tempo dell’età adulta per tutti”, *Vita Consacrata* 33 (1997) 643-675; 34 (1998) 16-43; G. F. Poli, “Laici: spettatori o protagonisti? Analisi della situazione”, *Vita Consacrata* 34 (1998) 255-277; G. F. Poli, “I laici e i consacrati “sacerdoti dell’esistenza” insieme per la missione. Alla ricerca di nuove prospettive e proposte”, *Vita Consacrata* 34 (1998) 451-475; G. F. Poli, “Laici e religiosi: dalle prospettive ai progetti”, *Vita Consacrata* 34 (1998) 563-587.

común, Guillermo José Chaminade, una historia común y una meta común: la santidad misionera. Pero también el talante es común. Se expresa en el querer construir un modelo mariano de Iglesia. Todos formamos parte de la Familia Marianista. Esta es una familia abierta; hemos nacido del contacto con el mismo carisma.

2) Indicar lo que es diverso para hacerlo complementario. La común llamada incluye vivir el mismo carisma diversamente. Es distinta la condición del marianista religioso y del marianista laico. Constituimos dos modos diversos de ser la misma cosa. Los religiosos pertenecemos a un Instituto religioso responsable a nivel de Iglesia ante la Congregación de Vida religiosa. En este Instituto entramos a formar parte por la profesión pública de los votos y después de un largo período de iniciación y de probación. Los laicos pertenecen a “una asociación privada de fieles de derecho pontificio” y dependen del Consejo Pontificio de laicos.

Para el religioso la Compañía de María asume los roles de una verdadera familia. Con ella hay que ser fiel en las alegrías y en las penas; a ella se pertenece de por vida y de ella dependemos y ella depende de nosotros en las realidades concretas de cada día. En las Comunidades Laicas Marianistas en ellas se da una doble pertenencia: a su familia y a las Fraternidades; de esta doble pertenencia, a diferencia de los religiosos, la primera es la primordial.

La misión es común, pero en ella participamos de manera diferente (ChL 15). Esta diversidad justifica y especifica, en cierto modo, el papel de la Compañía en la Familia Marianista y su relación con las Comunidades Laicas Marianistas. Esta diversidad también debe aparecer claramente en la pastoral vocacional y en la formación.

3) Vivir la complementariedad. La experiencia de ciertos órdenes o Institutos religiosos que tienen ya una experiencia habla de un verdadera ósmosis entre los grupos religiosos y los laicales. Para ellos todo puede ser complementario. Todos aprenden los unos de los otros. La participación histórica de los laicos en los carismas fundacionales ha aportado mucha creatividad, ha liberado al carisma de viejos esquemas del pasado, a ratos vacíos. Les da un tono secular, renovador, relevante y por supuesto laical. A un movimiento laico le hace mucho bien la cercanía, presencia, interacción e irradiación de lo que es específico de la Vida Consagrada. Esta ha sido siempre y continúa siendo una escuela de vida en la que cuentan la pasión en la entrega a los demás mantenida con una clara opción mística.

Para hacer posible todo esto hace falta una escuela de formación a la vida marianista que sea si no totalmente en común para los religiosos y laicos, sí en parte la misma y en todo complementaria. Hace falta crear espacios que faciliten el encuentro e intercambio carismático más allá de la presencia del asesor en una comunidad concreta de laicos, que continúa siendo la experiencia más importante del intercambio de carismas.

## ***2.2 La Compañía de María y las Comunidades Laicas Marianistas***

Todas las ramas tienen que avanzar en esa complementariedad. Aquí quiero mencionar algunas tareas concretas que todas, y de manera especial la vida religiosa marianista, deben impulsar. Hablaré solamente de lo que podemos y debemos hacer los marianistas en este momento histórico. Papel importante de la Compañía de María es poner en marcha todo lo que ayude a integrarse en la Familia Marianista, revitalizarla y hacerla crecer hasta llegar a compartir la vida, en distintos niveles, y la misión de diferentes formas y a relacionarse dinámicamente con las Comunidades Laicas Marianistas (RV 1.3). Ello comporta:

1) Pensar como Familia Marianista: Ello supone incluir en el número de los que viven el carisma marianista también a los que no son religiosos y en concreto a los integrantes de las Comunidades Laicas Marianistas. Supone una nueva mentalidad para hacer nuestra historia, para describir nuestra geografía, para orientar la formación, pensar la espiritualidad. Es importante acostumbrarse a ser compañero de misión y en concreto de trabajos pastorales concretos con los miembros de las Comunidades Laicas Marianistas y a que el horizonte sea la misión compartida.

2) Sentir como Familia Marianista: El religioso se siente en familia cuando está en una de las Comunidades Laicas Marianistas. Con ella reaviva su vocación marianista y para ella da lo mejor de sí llamando con alegría y gozo a las personas que la pueden integrar, entregándose a la formación de las mismas o al acompañamiento de sus procesos de fe o compartiendo su amistad. Participa activamente en las diversas actividades y acontecimientos de la Familia Marianista. Dedicar tiempo a estas relaciones

3) Actuar como Familia Marianista: Esta relación con las Comunidades Laicas Marianistas supone acciones importantes en las diferentes dimensiones de nuestra vida como son la calidad de la relación, la espiritualidad, la misión, la comunicación y la formación.

Estas relaciones mutuas nos confirman que en la Familia Marianista podemos presentar y testimoniar un modelo de Iglesia en cierto modo nuevo; el de una Iglesia de comunión y participación, comunidad de comunidades, solidaria, fraterna.

### **3. LA VIDA DE LOS LAICOS MARIANISTAS**

#### **3.1 *El carisma de la vida laical***

El documento elaborado en Santiago de Chile en 1993, *Identidad de las Comunidades Laicas Marianistas*, es el punto de referencia obligado para entender su forma de vida. Las Comunidades Laicas Marianistas son una asociación privada de fieles aprobada por el Consejo Pontificio para los Laicos. Se trata, por tanto, de comunidades cristianas al servicio de la misión de la Iglesia en el mundo. Forman parte de la Familia Marianista y se inspiran en el carisma del P. Chaminade y de la M. Adela. Como bautizados se sienten llamados a llegar a ser conformes a Cristo, hijo de Dios, hecho hijo de María para la salvación del mundo. Por la vocación marianista se quiere vivir la llamada a hacer presente a Cristo en el mundo, movidos por el Espíritu en alianza con María. La pertenencia a las comunidades laicas marianistas es una opción para toda la vida.

La característica peculiar, aunque no exclusiva, de los laicos es la secularidad, pues en cierto sentido también caracteriza a los clérigos seculares y los miembros de los institutos seculares (LG 31 b). Más aún, toda la Iglesia, en cuanto arraigada en el misterio del Verbo encarnado, tiene una verdadera dimensión secular, inherente a su naturaleza y misión, realizada en formas diversas y específicas por sus miembros. Por tanto la secularidad como tal, en cuanto fundada en el sacerdocio común y en la consagración bautismal, es una realidad intrínseca a todo fiel y no sólo a la condición de laicos. El ministerio sagrado y la consagración mediante los consejos evangélicos no hacen perder tal condición secular, pero dan una modalidad diversa y propia de vivirla. Pero los laicos no tienen sólo una misión en el mundo, sino que realizan la misión de todo el pueblo cristiano no sólo en el mundo sino también en la Iglesia. Por eso algunos autores consideran el laico como el fiel sin más y creen que el término no dice nada teológicamente sobre las personas.

El carisma de la secularidad laical consiste en la búsqueda por parte de los laicos del reino de Dios tratando las cosas temporales, a las que están estrechamente unidos por vocación, y ordenándolas según Dios, contribuyendo desde el interior como fermento a la santificación del mundo<sup>3</sup>. La secularidad del laico es una realidad no sólo antropológica y sociológica sino también teológica y eclesial. En efecto la realidad creada está destinada a encontrar en Cristo la plenitud de su significado y los laicos, como miembros activos de la Iglesia, en la realización de su misión en el mundo juegan un papel especial en la complementariedad entre las diversas categorías de fieles (ChL 15).

El ámbito del orden temporal que abarca la secularidad propia de los laicos son los bienes de la vida, de la familia, de la cultura; la esfera de la economía y de la política; el mundo del trabajo, las artes y las profesiones; el campo de la ciencia, de la técnica, de la ecología, de la comunicación social; los problemas de la vida, de la ética profesional, de la solidaridad, de la paz, de las instituciones de la comunidad política; las relaciones internacionales y su desarrollo y progreso; la promoción de la justicia, de los derechos del hombre, de la educación y de la libertad, especialmente la religiosa.

El fiel laico, al ejercer su carisma de la secularidad en la esfera de lo temporal, actualiza su profesión de fe y, por tanto, actúa de manera eclesial en cuanto el mundo es el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laicos. Igualmente cuando realiza ministerios o servicios diversos en el ámbito de las instituciones eclesiales según la variedad de carismas recibidos, lo hace llevando al interior de todos ellos toda su dimensión secular de compromiso con lo temporal. Esto constituye la unidad del carisma laical, incluso si abarca dos esferas distintas, la espiritual en sentido estricto y la temporal (ChL 59)

Como todos los fieles bautizados y confirmados, los laicos tienen el deber y el derecho de anunciar el evangelio, sobre todo en las situaciones en las que sólo puede ser anunciado por ellos. Esta acción la pueden realizar de manera individual o asociados. Las Comunidades Laicas Marianistas son una asociación privada de fieles vinculada al carisma marianista, a la Familia Marianista. El anuncio del evangelio tiene lugar ante todo a través del testimonio de la vida que los laicos deben dar en su condición secular. En el compromiso con lo temporal, los laicos tienen libertad y autonomía en relación con la jerarquía eclesial, pero dentro de los límites establecidos por el hecho que su actuación debe estar llena del espíritu del evangelio y que deben tener en cuenta la doctrina del magisterio evitando exponer sus opiniones como si fueran la doctrina de la Iglesia. Esto vale sobre todo para la actividad política realizada por los laicos en todos los niveles.

Los laicos casados tienen un específico deber apostólico: edificar el pueblo de Dios por medio del matrimonio y de la familia. A través de esas realidades, construyen también la sociedad civil. Por medio del matrimonio viven su condición secular en la Iglesia y en el mundo. El apostolado de los laicos consiste en manifestar con su vida la indisolubilidad y la santidad del matrimonio, en afirmar el derecho-deber de educar a los hijos, en defender la dignidad y la legítima autonomía de la familia. Obras propias del apostolado familiar son: adoptar como hijos a los niños abandonados, acoger con bondad a los extranjeros, contribuir a la dirección de las escuelas, asistir a los adolescentes con el consejo y medios económicos, ayudar a los novios a prepararse al matrimonio, colaborar en la catequesis, sostener a los matrimonios y familias en dificultades materiales o morales, proveer a los ancianos de los medios económicos, no

---

<sup>3</sup> Para este desarrollo sobre la naturaleza del laico, sigo a G.Ghirlanda, *Il diritto nella Chiesa mistero di comunione*, San Paolo, Cinisello Balsamo, 3 ed. 2000, ps. 113 ss.

sólo los necesarios sino también de los que les permitan participar del progreso económico.

Los padres tienen la obligación grave y el derecho natural de educar a los hijos, sobre todo su educación cristiana según la doctrina de la Iglesia. La familia es una Iglesia doméstica en la que los padres deben ser para sus hijos los primeros maestros de la fe, testigos del amor de Cristo y ministros de su santificación. Se trata de un verdadero ministerio de los padres cristianos.

### **3.2 El estilo de vida**

Los miembros de estas comunidades buscan encarnar el carisma en sus vidas, centradas en Jesús, evangelio de Dios y evangelizador viviente del mundo. Para ello hacen suyo el camino de María que responde libre y generosamente a la llamada del Espíritu. Tanto la vida de Jesús, sobre todo en su vida oculta, como la vida de María fue una vida laical. Como ellos, trabajan por construir el reino de Dios, atentos a los signos de los tiempos, plenamente encarnados en el mundo y solidarios con los pobres y marginados.

Su vida en fraternidad se inspira también en el espíritu de María. Conviven en un espíritu de familia basado en la acogida, en el servicio, el interés por el bien del otro, la alegría, la sencillez, el respeto a la persona y a su ritmo de crecimiento y compromiso. Todos se comprometen a participar activamente en la vida comunitaria. Sus comunidades, signos de unidad, son también lugar de oración, formación, reflexión de la palabra, reconciliación y renovación del compromiso de servicio a los demás. Sus comunidades, como las comunidades religiosas, son comunidades de fe, de vida, en misión permanente, en crecimiento continuo. Pero no existe una vida en común, ni una comunidad de bienes, ni una autoridad que guíe en la búsqueda de la voluntad de Dios, ni un apostolado comunitario.

Para responder a su vocación, los laicos marianistas se consagran a María. Ello implica:

1) Una ratificación, consciente y libre de la consagración a Dios hecha en el Bautismo y la confirmación

2) Una específica y pública adhesión a María en su misión de ofrecer a Jesús al mundo. Fieles a esta vocación se comprometen a un proyecto de vida espiritual que comporta: a) Dedicar tiempo a la oración personal y comunitaria: Oración de las Tres, Consagración a María.; b) escuchar la Palabra y celebrar en común la fe por medio de la eucaristía; desarrollar la fe personal y crecer en la asimilación y vivencia y transmisión del carisma marianista; c) elaborar el proyecto personal de vida y discernir en comunidad; d) estar abiertos a la dirección espiritual por parte de otros; e) desarrollar habilidades de análisis cultural y social que nos ayuden a interpretar con precisión los signos de los tiempos; f) desarrollar habilidades que conduzcan a acciones personales y comunitaria para la construcción de un mundo más justo y más humano; g) trabajar con responsabilidad y actitud de servicio en los deferentes ámbitos de la vida: familia, trabajo, movimientos sociales, políticos y gremiales, asociaciones de vecinos, parroquias, colegios.

## 4. LA VIDA DE LOS RELIGIOSOS MARIANISTAS

### 4.1 *La vida religiosa marianista según el P. Chaminade*

Desde los inicios la vida religiosa marianista se configuró con una forma que la diferenciaba claramente de la vida de los congregantes y le daba también una originalidad dentro del estado religioso. Nuestros dos Institutos pertenecen verdaderamente al estado religioso, puesto que en ellos se emiten los tres grandes votos, que el P. Chaminade deseaba solemnes<sup>4</sup>. Ambos Institutos tienen el dinamismo de la vida religiosa tradicional que es a la vez un espíritu, el deseo de la semejanza lo más perfecta posible con Jesucristo, y un estado de vida que encarna ese espíritu gracias a la santidad suprema del voto. La vida religiosa no puede ser más que dinamismo, apertura al futuro, ideal que perseguir en la fidelidad diaria en una Iglesia animada por el Espíritu. La teología de la vida religiosa es:

1) Una marcha cristiana hacia la perfección: Jesús invitó a sus oyentes a la perfección (Mt 5,48) y de manera especial al joven rico (Mt 19,21). La perfección ha sido para todas las generaciones cristianas de religiosos una verdadera llamada a una perfección cristiana cada vez mayor, a imagen y semejanza de Cristo. También para nuestros fundadores la primera finalidad de los Institutos es *elegir a cada uno de sus miembros, con la gracia de Dios, a la perfección religiosa*. Se busca llegar a la santidad, que no tiene nada de abstracto sino que es parecerse a María e imitar a Jesús. Se trata de una marcha en pos de Jesús Salvador. El fundador quiere situar a sus religiosos y religiosas en el centro de la vida cristiana: seguir a Jesús como lo hicieron los discípulos del evangelio y llegar a ser auténticos discípulos de Cristo. Esta vocación exige ya de entrada una ruptura con el mundo para vivir de acuerdo con la vida de Jesucristo. El camino es el de los consejos evangélicos, a los que el P. Chaminade es muy sensible, como a todo lo que va más allá de la obligación estricta y entra en el campo de la generosidad, todo lo que manifiesta el espíritu que va más allá de la letra aunque se apoya en ella.

Según nuestros fundadores, la vida espiritual se centra totalmente en Cristo, pero para su nacimiento y desarrollo requiere la acción conjunta del Espíritu Santo y de María. Esta prolonga hasta nosotros, sus hijos, lo que hizo con su primogénito. Gracias a la fe y al bautismo, somos concebidos por el Espíritu Santo y debemos nacer de María Virgen. María será quien forme a sus religiosos y religiosas a semejanza de Jesús, que fue pobre, casto y obediente.

2) Nos comprometemos a seguir a Jesús por votos. Para explicar los compromisos religiosos emplea dos series de imágenes: las que expresan la consagración y las que traducen la realidad de la alianza bíblica. Chaminade, en seguimiento de Santo Tomás, concibe la profesión religiosa como una consagración por la cual el religioso se destina únicamente a usos santos y a la gloria del Señor y de su Madre. La profesión de los votos es un segundo bautismo, un bautismo de caridad. Por ella se prefiere a Dios antes que a cualquier otra cosa y que a uno mismo. La profesión religiosa tiene el mérito del martirio, que es el acto de amor más grande. Por los votos el hombre se entrega sin reserva. Por eso abren un excelente camino de santidad. Mediante esa consagración, el religioso se convierte en templo de Dios y Dios contrae con él una alianza consensual.

Esta visión del estado religioso y de la santidad de los votos hay que entenderla

---

<sup>4</sup> Cf. Armbruster, *El estado religioso marianista*, ps. 65 ss.



como una participación en el misterio pascual de la muerte y resurrección de Jesús. Al mismo tiempo concede un lugar importante al Jesús histórico y nos mantiene en una historia cristiana en la que el proyecto de Dios se encarna en la persona del que nos invita a seguirle por un camino de obediencia y abnegación.

#### **4.2 El Concilio Vaticano II**

Antes del Vaticano II, las teologías clásicas de la vida religiosa, solían ser resúmenes de lo que había dicho Santo Tomás sobre el tema con algunos añadidos tomados del derecho canónico. Esto es evidente en las Constituciones de la Compañía de María de 1891, aunque la influencia de Olier era importante para nosotros. La vida religiosa era considerada ante todo como un *estado de perfección*. La categoría más tradicionalmente usada era la de seguimiento de Jesús.

Entre los años 1950 y 1970 la reflexión sobre la vida religiosa fue integrando datos de la psicología, sociología e historia. Los estudios de Hostie, Knowles, Leclercq, Rulla y otros fueron importantes para las nuevas perspectivas. El mismo Vaticano II publicó una serie de documentos que resultarán fundamentales para la teología de la vida religiosa posconciliar.

La constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, es el documento principal del Concilio Vaticano II, al que se ordena el resto de los documentos y del que reciben su sentido.

¿Cómo presenta el Vaticano II a la vida religiosa?

1. Se trata más de una forma de vida que de un ministerio, como es el caso de la jerarquía y del laicado. Es una forma de vida que asume los consejos evangélicos, no de forma privada sino de forma institucionalizada. En ese sentido tiene un carácter de signo. La castidad consagrada, don divino precioso, es un signo y estímulo para el amor así como una fuente extraordinaria de fecundidad espiritual en el mundo. Junto a la castidad consagrada están la pobreza y la obediencia, que imitan el anonadamiento de Cristo (LG 42). Lo que viene directamente de Cristo son los consejos evangélicos, no la vida religiosa.

2. Los consejos evangélicos son un don de Dios que la Iglesia, no el particular, recibió de su Señor. Ésta, con su autoridad, ha determinado incluso las formas estables de vivirlos. Para situar la vida religiosa en la Iglesia el concilio hace uso de dos teologías:

1) Teología tradicional: este estado de vida, desde el punto de vista de la *estructura jerárquica* de la Iglesia, no es un estado intermedio entre el clero y los laicos. El estado religioso no pertenece a la estructura jerárquica de la Iglesia.

2) La nueva teología: Dios da a algunas personas de estos dos estados un don particular en la vida de la Iglesia para contribuir a su misión salvadora. El estado religioso pertenece a la estructura carismática de la Iglesia (LG 43), a su santidad (LG 45). Desgraciadamente no se ha desarrollado lo que implica esta perspectiva, el que cada carisma es dado para el bien de la Iglesia en su misión salvadora para el bien del pueblo de Dios y de sus miembros. No se ha elaborado un centro que integre, en el misterio de la Iglesia, el aspecto personal de la vocación religiosa y el aspecto apostólico, el servicio a los hermanos

3) La presencia de ambas teologías aparece también en la descripción del estado religioso (LG 44). El fundamento del estado religioso es el obligarse a los consejos evangélicos. La forma jurídica de la obligación puede ser diversa: votos, juramento, promesa. Por la profesión uno se entrega (aspecto positivo) totalmente a Dios sumamente amado, y se libera (aspecto negativo) de los obstáculos que pudieran

apartarle del amor de Dios y de la perfección del culto divino. Es lo que tradicionalmente se llamaba la *consagración*. Pero esta categoría nunca había sido central en la explicación de la vida consagrada.

Mediante esa entrega queda destinado al servicio de Dios por un nuevo título, y se consagra más íntimamente al servicio de Dios. La consagración radical ha tenido lugar en el bautismo. ¿Cómo se relacionan ambas consagraciones? La consagración religiosa es un desarrollo y ratificación de la consagración bautismal. La consagración religiosa es ante todo una respuesta a la llamada de Dios que tiene su ratificación a través de la Iglesia. La teología posconciliar hará de la consagración religiosa su punto de referencia y se ha empezado a hablar de vida consagrada, pero no se ve que ayude mucho a clarificar lo que la vida religiosa es.

El estado religioso está al servicio de la Iglesia. Los consejos evangélicos unen al misterio de la Iglesia por medio del amor, objetivo de los consejos. Por eso su vida espiritual debe estar dedicada al bien de toda la Iglesia. De ahí brota el deber de la misión: trabajar para implantar y consolidar el reino de Dios por medio de la oración y del apostolado.

El estado religioso es un signo. Este era el centro de la *teología renovada* expresada ya en los capítulos 1 y 2 de la *Lumen Gentium*, pero no asimilada por muchos de los padres conciliares que devaluaron lo que se quería decir con la palabra signo. En efecto, lo entendían lo en sentido moral de ejemplo que debe atraer a todos los miembros de la Iglesia a vivir su vocación cristiana. En cambio, cuando se dice que el estado religioso, por la profesión de los consejos evangélicos, manifiesta los bienes del cielo ya presentes en este mundo, la teología renovada hablaba de un signo verdaderamente teológico-sacramental. El religioso anuncia ya la vida eterna y la resurrección futura.

4) Este estado de vida imita más de cerca y hace presente en la Iglesia el estilo de vida que Jesús vivió y propuso a sus discípulos (LG 46). Revela la superioridad del reino sobre todo lo creado y sus exigencias radicales. La Iglesia, a través de los religiosos, hace presente a Jesús en sus diversos misterios: en oración en el monte y anunciando el reino, curando a los enfermos, convirtiendo a los pecadores, bendiciendo a los niños, haciendo el bien, siempre obediente a la voluntad del Padre.

5) La profesión de los consejos evangélicos, aunque comporta renunciaciones a unos bienes muy estimables, sin embargo no sólo no impide sino que favorece el desarrollo de la persona humana. Son varias las razones aducidas: contribuyen a la purificación del corazón, a la libertad espiritual, al amor apasionado. Sobre todo llevan a una identificación con el estilo de vida de Jesús y de María. La prueba es la vida de tantos religiosos santos.

El decreto *Perfectae charitatis* (1965) no es un texto puramente disciplinar sino que tiene una profunda inspiración bíblica, cristológica, pneumatológica, eclesiológica y apostólica. La clave de comprensión de la vida religiosa es la caridad perfecta, hacia cuya consecución tiende la práctica de los consejos evangélicos (PC 6). El decreto resalta la dimensión antropológica de la vida religiosa y promueve su adaptación a las diversas culturas. La renovación y la puesta al día de la vida religiosa han de entenderse en íntima unión. Exigen una vuelta constante a las fuentes de toda vida cristiana, a la inspiración primigenia de los institutos, una participación en la vida de la Iglesia y una adaptación a las condiciones cambiantes de los tiempos. Han de ser promovidas bajo el impulso del Espíritu Santo, la guía de la Iglesia y el primado de la renovación espiritual (PC 2).

### 4.3 Las nuevas teologías de la vida religiosa

Durante los años del Concilio empezaron a fermentar las nuevas teologías de la vida religiosa. Los estudiosos empezaban a contestar los elementos tradicionalmente empleados para definir la vida religiosa: estado de perfección, estado según los consejos, la legitimidad y el origen bíblico de los consejos, el significado teológico de la consagración religiosa, *la fuga mundi*, el puesto de la vida religiosa en la Iglesia. Merece la pena echar una mirada a las teologías posconciliares de la vida religiosa<sup>5</sup>.

1) *La vida religiosa como radicalismo evangélico*. Según Tillard, las formas diferentes de vida religiosa surgieron de un proceso de radicalización, ya presente en el Nuevo Testamento, de ciertas frases de Jesús referentes al discipulado y a la misión. Este proceso configuró una forma radical de vida cristiana que más tarde dio origen a la vida religiosa. Esta es una forma exagerada y más radical de vivir el evangelio en las circunstancias concretas de la historia.

2) *Acentuación de la dimensión escatológica*. Para Rahner, la vida religiosa es una forma de vivir la dimensión escatológica y trascendente de la vida cristiana. Por eso surge cuando algunos cristianos renuncian a las tres dimensiones fundamentales de nuestra existencia en el mundo, es decir, la propiedad, la familia y la autonomía con la finalidad de anunciar el misterio del reino de Dios, como gracia que supera nuestra historia.

3) *Una forma antropológica de existencia cristiana*. En opinión de Schillebeeckx, la vida religiosa no es más perfecta o más radical o escatológica que la vida cristiana de los creyentes seculares, como creían los autores anteriores. Existe tan sólo una diferencia antropológica, que consiste en un diferente proyecto existencial, en un escala diferente de valores. La vida religiosa es una forma humana de vivir el evangelio. Se señala así el valor humano de la vida religiosa. Esta no es fundamentalmente negación, renuncia a los valores de la creación, sino un modo de vida que elige algunos valores que ordinariamente no son asumidos por la mayor parte de la gente; no obstante se trata de auténticos valores humanos. El celibato, la vida de comunidad, la pobreza y la obediencia no son primariamente renunciaciones o negaciones, sino auténticos valores con los que algunas personas se comprometen. Estos valores manifiestan una dimensión desconocida de la creación. Esta perspectiva está ratificada por el hecho que este estilo de vida se encuentra también en las grandes religiones del mundo.

4) *Solidaridad profética con el pueblo de Dios, especialmente con los pobres*. Para los religiosos del tercer mundo lo importante no es el problema teórico de la identidad de la vida religiosa sino el de su identidad práctica en medio del pueblo de Dios y de la humanidad. Hay religiosos que están buscando nuevas formas de ser en la Iglesia y en la sociedad. Conscientes de los nuevos signos de los tiempos creen que su

---

<sup>5</sup> Cf. la obra monumental de J. C. R. García Paredes, *Teología de las formas de la vida cristiana*, Madrid 1996-1999, 3 vol., sobre Tillard, I, 688 ss; Rahner, I, 574 ss; sobre Gutiérrez, I, 610ss; Schillebeeckx, I, 605-610; 630-632; para la teología de la liberación, cf. Cf. Teólogos de la CLAR, *Religiosos para un pueblo en marcha*, P. Claretianas, Madrid, 1978 y el número titulado *Teólogos latinoamericanos y vida religiosa*, en *Vida Religiosa* 62 (1987); para las relaciones mutuas y para una forma de vida liminal cf. J. C. R. García Paredes, *Teología de la Vida Religiosa*, BAC, Madrid 2000, autor al que debo tanto para mi propia elaboración.

identidad debe verificarse en la praxis evangélica, entendida como solidaridad profética con el pueblo de Dios, especialmente con los más pobres. La teología de la liberación ofrece un instrumental teológico adecuado para comprender esos caminos que está asumiendo la vida religiosa.

5) *La complementariedad y mutuas relaciones.* Según otros, la vida religiosa no se la puede considerar aislada de las demás formas de vida. No se la puede aislar de las otras formas. Sin una perspectiva global, la vida religiosa pierde su significado. Se debería partir de una teología fundamental de la vocación cristiana sin distinciones. Sólo después puede plantearse y entenderse la identidad teológica de las diferentes vocaciones cristianas y sus mutuas relaciones y complementariedad. La cuestión de fondo no debe ser la colaboración sino la interrelación y complementariedad, la relación mutua en el ámbito de la existencia cristiana y de la misión. Son necesarias unas relaciones mutuas y seculares. Algunos principios siguen siendo paradigmáticos:

a) El hecho de que en la Iglesia existan pastores, laicos y religiosos no arguye desigualdad en la común dignidad de los miembros sino más bien es manifestación de la unidad articulada de las juntas y funciones de un organismo vivo (MR 2).

b) Antes de considerar la diversidad de los dones, oficios y ministerios, es preciso admitir como fundamento la común vocación a la unión con Dios para la salvación del mundo (MR 4).

6) *Una forma de vida liminal.* Otros utilizan la imagen del umbral. Con ella indican el hecho de que en la vida religiosa se da un paso a una realidad nueva. Desde el inicio, la vida religiosa se situó en los márgenes de la civilización, en el desierto, en los campos despoblados. Esa separación traducía una manera de vivir orientada totalmente hacia Dios. Así se le recordaba a una civilización oficialmente cristiana, pero aburguesada, la importancia de los valores religiosos para la construcción del mundo. La vida religiosa era un testimonio profético, que cultivaba unos valores poco buscados por la mayoría de los cristianos, pero que en realidad expresan los grandes sueños de una cultura.

#### **4.4 El Sínodo de la Vida Consagrada**

El Cardenal Hume, en su primera relación en el Sínodo en que se recogían los trabajos preparatorios, identificó la teología del carisma como la categoría más usada y considerada como la más apta para expresar la rica diversidad y la unidad interna de la vida consagrada hoy. De manera general todo carisma de la vida consagrada tiene su origen en el Espíritu Santo, es un seguimiento de Cristo, es eclesial por naturaleza y comporta una consagración especial que tiene sus raíces en el bautismo. En sentido específico el carisma de un instituto particular comporta una especificación ulterior y una integración original de esos elementos. La vida consagrada está llamada a vivir armónicamente en la comunión orgánica de la Iglesia, instaurando auténticas relaciones de comunión y colaboración con los obispos, demás instituciones, clero secular y laicos. Curiosamente en su segunda relación, después de los debates en el pleno, el cardenal Hume usó para entender la vida consagrada la categoría tradicional de la consagración, que fue criticada en los debates de los diversos círculos lingüísticos. Ante todo se puso de manifiesto que es todavía una cuestión pendiente y fundamental la de la explicación teológica de la identidad de la vida consagrada en sí misma y en su correlación con otras formas de vida.

En la exhortación apostólica *Vita Consecrata*, Juan Pablo II destaca tres grandes

temas: consagración, *filocalía* y profetismo. El primero y el último habían aparecido ampliamente en los debates sinodales, no así el de la filocalía que fue introducido por el papa. La categoría de la consagración suscita serias reticencias por parte de la teología sacramental, mientras que algunos teólogos de la vida religiosa se han polarizado en ella, con el peligro de construir una teología desgajada del conjunto teológico.

La celebración de los tres sínodos sobre las tres formas de vida en la Iglesia, sacerdotes, laicos, religiosos, han comenzado a poner de relieve lo que se ha dado en llamar la eclesiología de comunión o eclesiología de la misión. En los tres sínodos hubo una serie de coincidencias notables:

1) Es imposible definir cada forma de vida por sí misma, a no ser en correlación mutua.

2) Hay que conectar cada forma con el evangelio y el seguimiento de Jesús, evitando dar la impresión de superioridad de una sobre otras. Cada forma de vida es una llamada a la santidad y un camino apto para la santidad.

3) Estas formas de vida se sitúan históricamente en el mundo cultural en que nos ha tocado vivir.

4) La Iglesia, para realizar su misión, cuenta con todos; cada uno según su carisma y su forma de vida.

#### **4.5 Carismas evangélicos en forma de votos**

La profesión religiosa es la manera de realizar nuestra alianza con María. El voto de estabilidad es el signo y sello de nuestra vocación. Pero el P. Chaminade presentaba la profesión religiosa como una alianza también con Dios<sup>6</sup>. Esta alianza es un matrimonio espiritual por el que *mi amado es para mí y yo para mi amado* (Ct 2,16). Según el P. Chaminade hay tres tipos de alianza: una alianza de Dios de una manera general con todos los hombres, una de una manera más particular con Cristo, y la de manera más íntima mediante la perfección religiosa. En toda se encuentran los tres caracteres que ya hemos mencionado al hablar de la alianza con María: elección, compromiso y sociedad.

En la alianza la alianza general, Dios ha elegido de entre todas las criaturas a los hombres para conocerle, amarle, servirle y obtener su posesión eterna. Se trata de la interpretación tradicional de la llamada alianza con Noé.

Chaminade habla de la alianza de Dios con Cristo y de la alianza de Dios con los hombres en Cristo. La alianza de Dios con Cristo se sitúa en la línea de la alianza de Dios con el rey-mesías su ungido: *tú eres mi hijo, yo soy tu padre*. Esa alianza afecta a Cristo el Mesías: un hombre puede ser llamado Dios y Dios se ha hecho hombre. Pero afecta también a todo el pueblo representado corporativamente en el rey-mesías: en Cristo Jesús, todos somos hijos de nuestro Padre, Dios y todos somos hermanos. Cada día los hombres pueden unirse a Dios como su cuerpo se une al alimento que toma. Se trata probablemente de una alusión a la eucaristía como memorial de la alianza. Esta

---

<sup>6</sup> NR 1817,4,121-122; ED II, 356, 532. Sobre la alianza como categoría para entender la profesión y los votos, S. Alonso, *Votos*, en DTVC. Neville O'Donohue, *The location of Religious Life in Current Theology: A reading in the light of the Sacrament of Baptism and the Rite of Religious Profession*. Tesina de Licenciatura en S. Anselmo, Roma 2001 cita en la línea de la alianza a Jean Galot en 1985, que sin duda sigue a Juan Pablo II, ya *Redemptionis Donum*, en 1984, pero sobre todo en VC 34,59,93,105. Su estudio muestra lo inadecuado de la categoría de consagración para entender la profesión religiosa.

alianza es efecto de la unción mesiánica por el Espíritu de Dios que constituye a Jesús Mesías y hace de nosotros un pueblo de ungidos.

Chaminade presenta la alianza de Dios y del religioso como una alianza esponsal. Esta era la imagen que utilizaron los profetas, cuando representaron al pueblo con la imagen de la Hija de Sión o de Jerusalén, en general como esposa infiel. San Pablo aplica la imagen a Cristo y a la Iglesia. Pero ya Orígenes en el comentario al Cantar de los Cantares habla de Cristo y del alma. La Iglesia la aplicará sobre todo a las vírgenes consagradas.

Veamos los tres caracteres de la alianza. En primer lugar hay una *elección*. Es Dios el que prepara, llama e introduce en esta feliz unión, hace de ese alma su esposa. El hombre responde escogiendo a Dios con preferencia a cualquier otra cosa como su bien total y su herencia, abandonando todo lo demás por amor a Dios. Existe un *compromiso*, una unión indisoluble, de tal modo que la misma muerte no podrá romperla. Es una indisolubilidad mayor que la del matrimonio. Finalmente hay una *sociedad*, una comunión de bienes. Dios comunica a la criatura todos sus bienes, su felicidad y, en cierto modo su gloria. El hombre no puede dar nada a Dios, que no haya recibido de Dios. Sin embargo Dios tiene en cuenta la ofrenda de los bienes que ha dado y con eso se contenta. Al alma le queda siempre el deseo insaciable de dar gloria al Señor, por sí misma y por los demás. El Señor quiere que le entregemos libremente nuestro deseo. También esta alianza es presentada como el efecto de la unción del Espíritu que hace del religioso, como de María, un templo de Dios ( ED II, 356, 532).

La profesión religiosa debemos situarla en el contexto de la alianza con Cristo. La esencia de la alianza consiste en la obediencia y en la comunión. En Cristo Dios se ha comunicado totalmente y ha encontrado la respuesta de obediencia amorosa que él aguardaba de la humanidad. La vida religiosa no fue fundada directamente por Cristo, pero la profesión de los consejos evangélicos se inspira directamente en las palabras y en el ejemplo de Cristo. Actualizan su respuesta de obediencia amorosa a la alianza con Dios.

Los consejos evangélicos son un don del Espíritu a la Iglesia. Los consejos no se pueden entender simplemente como un camino alternativo a los mandamientos, como si hubiera libertad para seguirlos o no. Significan más bien el carácter de libertad e invitación que es propio de la nueva ley, del Evangelio. Es la ley del Espíritu interiorizada en lo más hondo del corazón. Ya no es simplemente una obligación sino como un instinto y despliegue de las posibilidades interiores. Esta ley es carisma evangélico.

El carisma evangélico se ha concretado en la tríada obediencia-pobreza-castidad. Es el orden de las Constituciones del P. Chaminade; la Regla de Vida ha tomado el orden propuesto por el Vaticano II: castidad-pobreza-obediencia. Esta tríada tiene un carácter simbólico. Es un voto en tres (L Boff; ScG III,131). Representa la totalidad de la persona. Describe en tres dimensiones la totalidad de la existencia humana: la sexualidad, las propiedades y el poder. El pensamiento moderno ha acentuado unilateralmente una de estas realidades: la sexualidad (Freud), la economía (Marx), la voluntad de poder (Nietzsche). Se trata de un consejo-carisma evangélico de celibato, pobreza y obediencia. No se puede hablar del celibato sin hablar de la pobreza, ni de la pobreza sin hablar de la obediencia. También el mal uso de estas realidades en sí ambiguas, creadas buenas, pero desordenadas por el pecado, acontece de manera global. Los ricos aprovechan el dinero para tener poder y conquistar sexualmente a las personas. Los símbolos sexuales aprovechan su atractivo sexual para hacer dinero y tener poder. El poderoso utiliza el poder para enriquecerse y ganarse favores sexuales. Se trata, pues, de la vida entera. La profesión por voto del consejo-carisma de celibato-

pobreza -obediencia quiere ser una ofrenda total de sí mismo a Dios realizada en el contexto de la alianza en Cristo Jesús para realizar el mandamiento nuevo del amor. Amar a Dios como respuesta al amor que él nos ha manifestado en Cristo Jesús y a ejemplo de Cristo Jesús. *Por la profesión de los consejos evangélicos nos determinamos a seguir a Cristo para llegar a la conformidad con El, trabajar en la Iglesia por la venida de su reino y tender así juntas a las plenitud de la caridad* ( FMI 1,2).

Estas tres dimensiones que uno entrega a Dios por voto corresponden a la exigencia de la alianza: *amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas* (Dt 5,7). Amar a Dios, según García Paredes, con todo corazón (celibato), con toda el alma (obediencia), con todos los recursos (pobreza). Quizás sería mejor decir con todo el corazón (obediencia), con toda el alma (celibato). El corazón es la sede de los proyectos humanos. En la obediencia tratamos de abrirnos al proyecto de Dios sobre nosotros. El alma es la sede de la vida afectiva, del deseo, lo cual en nuestra cultura apunta hacia la sexualidad. Más allá de estos matices, lo que me parece importante es que hacer voto de obediencia-castidad-pobreza es una especie de voto de amor y de alianza.

La profesión de los consejos evangélicos, mediante el voto u otro tipo de compromiso, pone de relieve el don de Dios que uno acoge y se compromete a vivir de por vida. No es sólo mi pasado y presente lo que entrego sino también mi futuro. Ese don ha sido discernido por la Iglesia en el momento del fundador y reconocido como un carisma para el bien de toda la comunidad eclesial. Por eso la Iglesia hace de cada congregación una forma de vida estable y pública. A cada persona agraciada con el carisma de celibato-pobreza-obediencia, le es reconocido ese don por parte de la autoridad competente, que representa a la Iglesia y en nombre de la cual recibe los votos de los profesos. *La Iglesia con su oración pública consigue para ellos la gracia de Dios, los encomienda a Dios y les da una bendición especial, uniendo la ofrenda de sus personas al sacrificio eucarístico* (LG 45). El Vaticano II ve en la profesión una especie de consagración (LG 44).

Dios llama a seguir a Jesús, pero ¿quién puede seguir de verdad a Jesús? Nadie tiene capacidad para seguir a Jesús, pero el Espíritu nos capacita y nos consagra para poder realizar la misión. Se trata de la consagración bautismal. El bautismo nos convierte en consagrados en Cristo y ungidos por el Espíritu. No es una consagración de separación sino de santificación, de invasión del ser humano por la santidad de Dios. El ser humano es libre de consentir a esta participación de la santidad de Dios. Dios consagra y el ser humanos se consagra. Por la consagración un ser humano hace de su vida una ofrenda agradable, un culto espiritual a Dios. Es importante descubrir la unidad sacramental de bautismo y confirmación como el gran sacramento de la filiación divina y de la misión filial, como el gran sacramento de la consagración: profetas, sacerdotes y reyes. Pero además en cada eucaristía la asamblea cristiana es comunidad consagrada por la Palabra, por el cuerpo y sangre del Señor. Cada sacramento tiene su especial consagración. Están también las consagraciones particulares que se simbolizan y celebran en los sacramentos de las formas estables de la vida cristiana: matrimonio y ministerio ordenado.

La consagración se entiende como una impronta del Espíritu a través de sus carismas para que podamos realizar y llevar a cabo la llamada del Señor. Así le ocurrió al mismo Jesús: Fue llamado por el Padre, pero Jesús fue consagrado en el Espíritu para la misión. Los Santos Padres decían que lo que consagraba a Jesús era su divinidad. Y Jesús era el consagrado del Padre porque estaba estrechamente unido a la divinidad. Y ahí no intervenía el Espíritu Santo. Y esto después nos hacía pensar que lo que nos consagra verdaderamente es la unión con lo divino. Vivir de una manera trascendente

la consagración se entendía como la separación de lo no divino para así unimos a lo divino. Pero si se interpreta en clave profética, como el profeta que tiene que realizar una misión y recibe para eso el Espíritu, la consagración ya no separa. La consagración capacita para introducirse de verdad en el mundo. El consagrado es el que está capacitado por el Espíritu y tiene los carismas del Espíritu para entrar en la batalla del reino de Dios. La consagración no es la razón de ser de la vida religiosa apostólica, sino que es su elemento necesario para poder realizar el seguimiento de Jesús como servicio, como culto a Dios, y como misión. La consagración es la respuesta de Dios a la necesidad que tenemos de su ayuda para poder realizar nuestra vocación-misión. Es, pues, una especie de consagración continuada que consiste en vivir bajo la unción del Espíritu. El rito litúrgico de la profesión es al mismo tiempo símbolo de la acción del Espíritu y medio de identificación eclesial.

Cada uno de los votos tiene cuatro dimensiones: 1) Misionera y política: ponerse incondicionalmente al servicio de la causa del reino, en la Iglesia, 2) comunitaria: formar la comunidad alternativa del reino, 3) ecológica: ser testigo e instrumento de la alianza con la nueva creación, 4) simbólico escatológica: vivir en el amor como hijos queridos del Padre y buscar el reino de Dios, siendo signos de su reino y de su alianza con nosotros<sup>7</sup>.

### ***La obediencia religiosa***

La obediencia religiosa forma parte del voto de amor y de alianza. Yo diría que es la esencia de la alianza en cuanto expresión de lo que Dios espera del hombre. Es la respuesta del hombre a la oferta divina: la obediencia de la fe. Más que someterse, obedecer significa escuchar a Dios, acoger su plan de amor sobre nosotros. Dios ha realizado su alianza con nosotros mediante el don del Hijo y del Espíritu. Cristo obedeció hasta la muerte de cruz. El voto de obediencia quiere expresar nuestro deseo de hacer lo mismo. Pero sabemos que no somos capaces y esperamos que el Espíritu nos conceda mantenernos en la alianza.

La obediencia de Cristo expresa la entrega amorosa de su libertad en un proceso de anonadamiento que lleva a la desapropiación total. Le convierte en un esclavo sin libertad jurídica. Es lo que expresa la obediencia hasta la cruz. La cruz era el suplicio de esclavos de seres humanos que no eran considerados jurídicamente personas. Es este vaciamiento total de sí el que le permite acoger totalmente la divinidad y ser exaltado a la derecha del Padre. La obediencia expresa su condición de hijo, pendiente siempre de la voluntad del Padre. El hijo no tiene un proyecto distinto del Padre: la voluntad de salvar el mundo. Ese proyecto es el reino de Dios que pone en cuestión los proyectos humanos de organización del mundo.

1) la dimensión misionera y política de la obediencia religiosa comporta el participar en la obediencia misionera de Jesús: *sometiéndose al Padre, Jesús redimió al mundo y fue glorificado. Para participar en su obediencia ofrecemos sin reservas nuestras voluntades a Dios* (RV 29). La obediencia a la misión incluye la entrega de la vida hasta el martirio. Significa también la rebeldía ante los poderes del mundo. Éstos muchas veces privan a muchas personas de sus derechos y no dejan oír su voz. Los religiosos deben ser la voz de los sin voz. La obediencia a la voluntad de Dios se traduce en atención a los signos de los tiempos (RV 31) y de los lugares, en escucha a los gritos de los pobres y necesitados, en poner el oído atento a las inspiraciones del

---

<sup>7</sup> Para el desarrollo de los votos sigo a García Paredes, *Teología de la vida religiosa*, ps. 415 ss.; J. Merkle, *I voti nella vita religiosa*, Casale Monferrato, Piemme, 1999.



Espíritu (RV 40).

2) la dimensión comunitaria de la obediencia incluye vivir en fraternidad como realización ya de la alianza de Dios con los hombres y de los hombres entre sí. La obediencia comunitaria se traduce hoy en la colaboración para elaborar el proyecto comunitario y en la fidelidad en su cumplimiento (RV 3.9). Significa también vivir en el servicio mutuo: *Cada marianista se interesa en la vida comunitaria y toma parte activa en ella. Por el bien común y en servicio a la comunidad debe sacrificar de buena gana sus preferencias propias y, si fuera necesario, incluso su conveniencia personal* (RV 3.2). Se expresa al mismo tiempo en la pasión comunitaria por la voluntad de Dios: *Nos integramos en una Compañía cuyos miembros buscan juntos realizar la voluntad de Dios* (RV 29). Esa búsqueda de la voluntad de Dios pasa a través del diálogo y el discernimiento comunitario. *En un ambiente de diálogo y de comprensión intentamos compartir comunitariamente las responsabilidades y lograr la unión de todos en el servicio de Dios* (RV 32). También comporta en la práctica el servicio de la autoridad en la comunidad fraterna. Se trata de una autoridad carismática que ejerce un ministerio de vigilancia y animación *a fin de ayudar a los religiosos en su crecimiento espiritual y en el cumplimiento de su misión* (RV 44). El motor de la obediencia y del ejercicio de la autoridad debe ser en todo momento el amor. *Esta obediencia nos exige seguir al Señor por caminos que tal vez no hubiéramos elegido personalmente pero que nos liberan de egoísmos y nos conducen a la alegría, al amor y a la libertad de los hijos de Dios* (RV 31). El carisma de obediencia se manifiesta también como sentido de Iglesia. Nuestra relativa autonomía y nuestra adhesión al sucesor de Pedro no debe menguar nuestra inserción en las iglesias locales donde hacemos presente la riqueza de nuestro carisma. En ellas tratamos de vivir en sintonías con sus pastores y con el pueblo fiel.

3) la dimensión ecológica de la obediencia religiosa supone una alianza con la creación. Cuidar la creación exige una ética de frugalidad y austeridad (RV 26; 2.9). Respetamos y cuidamos los animales y las plantas e intentamos crear una conciencia social ecológica.

4) la dimensión simbólica y escatológica de la obediencia religiosa es la pasión por obedecer a la voluntad de Dios. Seguimos a Jesús que *fue obediente hasta la muerte para cumplir la voluntad salvadora del Padre* (RV16). También María *por su obediencia cooperó en el misterio de la salvación*. También ella se declaró la esclava del Señor, feliz de entrar en los proyectos de Dios. La obediencia es el elemento central de la alianza tal como se vive en la vida religiosa. El descubrimiento de la voluntad amorosa del Padre trasfigura la impotencia y el sufrimiento que experimentamos en la transformación de la realidad y del mundo. Obedecer a Dios es abandonarse en las manos de Dios que irrumpe en nuestras vidas pero respetando siempre nuestra libertad.

### ***El celibato por el reino de Dios***

Ante todo se trata de un don de Dios. *La llamada a la castidad por el Reino es un don de Dios y una manifestación de su amor. Sólo un corazón pobre, amante y libre puede comprenderlo* (FMI 1,15). Ha sido Jesús el que ha abierto esa nuevo estilo de vida a la humanidad, aunque probablemente haya habido algunos ejemplos de personas que en otras culturas han optado también por el celibato. ¿Cuál es el sentido histórico del celibato de Jesús? Sin duda está abierto a un enriquecimiento de perspectivas pero no se debe olvidar su dimensión profética. Jesús, ya en su llamada vida oculta, parecida a la de los demás hombres de su tiempo, hizo una opción mal vista en su cultura: cuando le llegó la edad, no contrajo matrimonio. Hacia los treinta años optó por un tipo de vida que podemos llamar liminal, marginal, apocalíptico. Su característica principal

es ser un estilo de vida contestatario del modo de vivir convencional. La sociedad del tiempo de Jesús, una sociedad agrícola y esclavista tiene una estructura determinada y una ideología que legitima esa estructura. Jesús va a poner en cuestión esa estructura y esa ideología, para cambiarla desde dentro y no mediante la violencia revolucionaria. Si Jesús contesta esa estructura es porque la cree profundamente injusta.

Le mueve ante todo una convicción: el reino de Dios está cerca y hay que convertirse, hay que cambiar de vida. Y empieza dando ejemplo. El reino de Dios pone en cuestión la ideología y las estructuras reinantes. Estas estructuras son profundamente injustas por la discriminación social que crean, por las barreras económicas, políticas, sociales y religiosas que establecen entre los hombres. El reino de Dios, tal como lo experimenta Jesús en su vivencia del Dios Abbá, hace que todos sean hijos de Dios y estén llamados a vivir como hermanos en una gran familia. Jesús, más que un crítico contestatario de la sociedad, es un profeta de una nueva experiencia de Dios. Es la experiencia del reino la que anima toda su vida. Indirectamente la presencia del reino pone en cuestión la realidad dada. Jesús hace presente el reino a través de su persona, de sus acciones, de su estilo de vida, de su predicación, de su muerte y resurrección.

Jesús es un signo del reino, una parábola del reino, y por eso habla en parábolas. Su persona hace presente el reino como acogida de Dios y de los demás. Sus acciones hacen presente el reino, sobre todo a través de la comunidad de mesa con los pecadores y de los milagros que muestran que el reino de Dios está cambiando la suerte de los hombres. No sólo curando cuerpos, sino sanando también el hombre total, derribando las barreras que le impiden vivir en plenitud. Esta manera de actuar constituye una crítica implícita a la imagen de Dios del judaísmo contemporáneo, la imagen de un Dios que legitimaba aquella sociedad injusta. Cuando Dios reina, se derriban los ídolos de cada cultura que esclavizan a los hombres. Jesús, optando por una vida célibe, ha puesto en cuestión el mayor fundamento de la sociedad tradicional judía. Los grandes indicadores del amor de Dios por una persona eran la abundancia de hijos, la abundancia de bienes y una larga vida. Los signos de la presencia del reino son otros. Al negarse a fundar una familia basada en unas propiedades que pasan de padres a hijos o de una profesión con la que sucedía lo mismo, Jesús ha inaugurado un estilo alternativo de vida. Lógicamente la familia y las propiedades eran la base del poder del que cada uno gozaba en la situación social. Ese poder era nulo en el caso de los esclavos, era muy grande en las familias acaudaladas. A Jesús tampoco le importa morir joven, al contrario, cuanto antes se entre plenamente en el reino, mejor.

Jesús va a crear un nuevo tipo de comunidad social basado en otros valores y en otras estructuras. Jesús reunió en torno a sí un grupo de seguidores. Algunos compartieron totalmente su vida. Entre ellos, cosa revolucionaria, hubo también mujeres, algunas de las cuales debieron apoyar económicamente este nuevo movimiento contestatario. La primera característica del seguimiento es la iniciativa de Jesús. Es Jesús el que llama y elige. Entre los rabinos era el discípulo el que elegía un maestro. Cuando alguno pide unirse al grupo de Jesús, éste conserva totalmente su libertad. Unas veces llega rehúsa su petición, otras responde de manera disuasiva o bien rechaza todo tipo de condiciones puestas por el candidato. El compartir la vida del maestro constituye una especie de internado en el que el discípulo queda totalmente marcado por la vida y la presencia del maestro. Cuando después actúe, aparecerá claramente la huella de aquél cuya vida ha compartido. Esta fue una novedad en la historia del judaísmo. Los rabinos tienen sus discípulos a los que dan clase, pero en régimen de externado, y sólo varones. Estos no comparten la vida del maestro, que vive con su familia. Jesús vive también en una familia pero un nuevo tipo de familia en el horizonte del reino. Eso mismo tuvo que hacer María: situarse en la perspectiva del reino superando una maternidad puramente

humana.

Jesús no ha invitado a todos a no fundar una familia. Tan sólo con su ejemplo, y con el de algunos que siguen sus huellas, ha mostrado la relatividad de la familia. Ésta corre el peligro de convertirse en un egoísmo compartido, cerrado en sí misma y preocupada por sus problemas, por cómo situar bien a los hijos. Sin duda el matrimonio en tiempo de Jesús también era una manera de vivir la sexualidad. Pero ésta estaba en función de la transmisión de la vida. Hoy día la sexualidad se ha independizado e invade toda la cultura; es una cultura de la seducción, de la sex-ducción.

Jesús no rechaza la realidad de la sexualidad humana sino que la sitúa en el horizonte de reino, en el horizonte del amor universal no posesivo sino oblativo. La dimensión sexual de la persona traduce su inacabamiento y su necesidad del otro. El deseo sexual es ante todo deseo del deseo del otro. Como el otro es libre, yo deseo que el otro desee que yo lo desee. Así se produce el reconocimiento de la persona. Este reconocimiento es condicional. El otro responderá a mi deseo en la medida si yo correspondo a su deseo. Dios, en cambio, ama de manera incondicional porque no tiene necesidad de nuestro amor. En Jesús, el reconocimiento como persona está fundado en el amor incondicional por parte del Padre. El amor del Padre llena de tal manera la vida de Jesús que éste no tiene necesidad de otro tipo de reconocimiento afectivo. El amor de Dios hace de él una persona liberada, libre y liberadora, capaz de amar a todos y de ser amado, sin necesidad de centrar su afectividad en una persona de manera exclusiva. En el evangelio, como dice W. Reich, el profeta de la liberación sexual, Jesús aparece como una persona no reprimida, abierta a la amistad con hombres y mujeres. Tan sólo sintiéndonos incondicionalmente amados por Dios, es posible abrirse al amor incondicional y no posesivo del otro.

1) La dimensión misionera del celibato por el reino se manifiesta en el servicio y cuidado de la vida. Se trata de ser célibes por amor a los demás. Uno se siente llamado a compartir la situación de los que no encuentran un amor, de quienes han fracasado en el matrimonio y se ven condenados a la soledad, de los ancianos abandonados y sin familia, de los jóvenes que sufren por la falta de esperanza. El celibato de Jesús lo aproximó a los solitarios de la tierra. La profecía del celibato denuncia la marginación afectiva a la que están sometidas tantas personas y proclama una propuesta alternativa, que abra las parejas más allá del egoísmo a dos, de manera que no sean simplemente dos soledades en una.

Nuestro celibato es también una forma de opción por los más pobres y solitarios. Quien profesa el celibato evangélico se siente cercano a los marginados. Por eso no deja que la comunidad se convierta en un nido cálido cerrado sino que la mantiene abierta a todos los necesitados. Así se muestra la pasión de Dios por el hombre, sobre todo por los más oprimidos. Se trata de estar dispuesto a perder la vida por los demás, hasta el martirio.

2) La dimensión comunitaria del celibato se expresa en el amor a los hermanos. Jesús formó una nueva familia escatológica en la que se vivía la fraternidad y la sororidad. Jesús no vivió el celibato de la soltería sino el celibato de la comunión. Por eso su virginidad no fue estéril sino fecunda. En la vida religiosa es el amor el que nos impulsa a vivir como hermanos y hermanas. Nos lleva a formar una comunidad de amistad, superando los lazos de la sangre. *Nos hemos reunido en comunidad más por la llamada de Dios que por nuestra elección personal; por eso manifestamos nuestro amor al Señor concediendo un lugar preferente a nuestros hermanos* (RV 21). La comunidad fraterna tiene la misión de convertirse en experiencia de fraternidad para el mundo.

3) La dimensión ecológica del celibato muestra el cuerpo como naturaleza. Se

trata de la naturaleza prolongada en nosotros. Cuerpo, sociedad y naturaleza se influyen mutuamente. Esta perspectiva ecológica repercute en la comprensión de la virginidad. La virginidad no es ni represión del cuerpo ni narcisismo corporal. El cuerpo de la persona que ha recibido el carisma de la virginidad ha de emitir constantemente un mensaje de castidad virginal. “Afirmarse como una presencia personal es manifestarse como rostro, y no como sexo” (Olivier Clément). La virginidad lleva a una relación con la naturaleza hecha de compasión, respeto y veneración. Al estar íntimamente en conexión con la obediencia y la pobreza, se establece una relación con la naturaleza marcada por la renuncia al afán de dominio, a la opresión, a la violencia. Así la vivió Francisco de Asís.

4) La dimensión simbólica y escatológica del celibato por el reino nos lleva a la búsqueda apasionada de la belleza de Dios y al deseo de entrega a ella y a la relación de amistad o esponsalidad con Jesús. *Entregadas por completo al Amor, como María y con Ella, penetramos en la contemplación del Misterio de Dios y de su designio sobre el mundo. De esta contemplación, en la que se nos revela el amor de Cristo por los hombres, brota nuestro dinamismo apostólico, al servicio de la misión* (FMI 1,17). Ante todo se trata de una entrega sin reservas a Dios como la de Jesús. Jesús encuentra su centro vital y amoroso en Dios Padre y en su voluntad. *Esta pertenencia total a Jesucristo nos permite dar testimonio de lo Absoluto de Dios en nuestra vida* (FMI 1,16). Su alimento ha sido hacer la voluntad del Padre. No se pueden separar Dios y el reino. La opción de Jesús de ser una persona célibe no surge del hecho de que vea una incompatibilidad entre el amor al Padre y el matrimonio. Es la lógica del reino la que le lleva a tomar esa opción. El no fue enviado para fundar una familia sino para reunir a los hijos de Dios dispersos. Eso significa un amor universal. *Nuestro celibato nos libera para poder amar más y así servir mejor a todos los hombres* (FMI 1,16). Todo el deseo de Jesús está colmado por el amor del Padre. Nuestro carisma de celibato por el reino nos lleva a las mismas opciones de Jesús. El celibato le permite a Jesús dedicarse totalmente al reino en una total disponibilidad y movilidad itinerante. Hay una espera de la inminencia del reino, de la comunión con el Señor, ahora apenas presentida e iniciada. *Nuestra vida consagrada sólo puede vivirse en la intimidad con Cristo, amado por encima de todo, intimidad que aumenta por medio de la oración y de los sacramentos* (FMI 1,19)

El celibato consagrado es un amor y entrega al cuerpo del Señor Resucitado. *Vivida con generosidad en el humilde caminar de cada día, la castidad consagrada, por las renunciaciones y la soledad que entreaña, nos hace comulgar con la Pascua de Cristo. Nos abre a la libertad, al gozo y la paz. Manifiesta la fuerza del Espíritu que actúa en nuestras vidas y nos convierte en presencia viva y gozosa del amor que Cristo y su Madre tienen a toda persona humana* (FMI 1,20). No es sólo un seguimiento del Jesús histórico sino que mira también al señor glorioso, cuerpo espiritual, que dice relación a su esposa que es la Iglesia. Esta esponsalidad se caracteriza por una unión corporal-espiritual en grado sumo. Es una unión fecunda como vida que resucita. Matrimonio y virginidad son los dos signos que hacen memoria en la Iglesia de la virginidad esponsal del Señor y expresan la condición virginal esponsal de la misma Iglesia. El celibato por el reino es también una parábola de entrega y muerte para que surja el reino.

El celibato consagrado es una alianza esponsal. Es su significado eclesial. Cuando Jesús comunica su Espíritu a la Iglesia le comunica su virginidad. Esta significa la acogida total del Espíritu de Cristo, que también acontece en el matrimonio. Es en la Iglesia en cuanto tal donde se realiza el don de la virginidad. Durante su peregrinación terrena la Iglesia todavía no es la virgen perfecta, sólo al final llegará la consumación. La virginidad de la Iglesia se concretiza en las personas que viven la virginidad

consagrada. La virginidad es la expresión de un insaciable anhelo por el Señor y por el día de su retorno. Es una opción preferencial y exclusiva por Cristo y por su reino. La virginidad, como símbolo escatológico, debe ser expresión histórica y referencia a lo último, a lo definitivo, de lo único necesario, es decir del reino de Dios. La virginidad consagrada debe evocar, tanto en la Iglesia como en la sociedad, lo permanente, la vida eterna, que esta presente en nuestra historia, lo que tiene futuro, el amor que nunca pasa. Esta evocación se realiza a través de una exageración profética: renunciando al amor histórico en lo que tiene de pasajero, de históricamente funcional. *La virginidad consagrada anuncia que el Reino futuro, en el que Dios será todo en todos, está ya presente entre los hombres* (FMI 1,16).

### ***La pobreza evangélica***

La pobreza no es una virtud. Para la mayoría de los pobres es la consecuencia de un mundo injusto. La pobreza es un don cuando se abraza libremente para asemejarse a Jesús que siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza. La pobreza es la característica del Hijo en la Trinidad. No tiene nada de por sí, todo lo recibe del Padre. El pobre depende de los demás, muchas veces de la limosna de los demás para sobrevivir. En una sociedad basada sobre la familia y la propiedad, Jesús rompe con esas dos instituciones. La propiedad era muy importante en el mundo antiguo. Los esclavos y la mujer eran considerados como parte de las propiedades del marido. Jesús elige identificarse con los pobres. Para ello abandona la familia y un trabajo remunerado. A partir de ese momento va a depender de un grupo de personas que le apoyan económicamente, sin que él pida nada por el anuncio del reino. De esta manera pone al descubierto cómo el sistema de la propiedad privada genera pobres. En la comunidad de Jerusalén los bienes eran comunes, ninguno consideraba propiedad lo que tenía sino que se compartía con los demás, según sus necesidades de manera que nadie pasaba necesidad (He 2, 44-45; 4,32.34). Más que una comunidad de bienes, hay que pensar en una bolsa común como la que tenían los discípulos de Jesús. En el mundo antiguo la herencia consiste ante todo en bienes raíces e inmuebles. Uno los hereda y tiende a conservarlos y aumentarlos para transmitirlos a los hijos. Se evita, por tanto, venderlos porque el dinero desaparece fácilmente. Lo que Jesús y la comunidad primitiva han puesto en cuestión es la sacralidad de la propiedad de ese tipo de bienes. Ante la necesidad de los demás, se venden propiedades, de las cuales se verá privada la descendencia. Es decir, el concepto de familia se extiende a la comunidad cristiana. A lo largo de la historia la comunidad de bienes ha existido en las familias y en la vida religiosa, que es otro tipo de familia. En ésta también se trata de transmitir una herencia a las generaciones siguientes. ¿Pero es esa herencia intocable ante la realidad de las necesidades de los pobres nuestros hermanos?

Jesús adopta el estilo de vida de los pobres porque ellos son los destinatarios del reino. Este trae otras riquezas. No riquezas de dinero sino de relaciones humanas. También María se solidarizó con los pobres porque Dios mismo se solidariza con ellos. No porque ellos sean mejores que los ricos, sino porque tienen más necesidad de la venida del reino como promesa de libertad y de felicidad. Son los pobres los que escriben historia, no los ricos y poderosos. Son los pobres los que hacen avanzar la historia mientras los ricos y los poderosos quisieran que nada cambiara.

1) La dimensión misionera de la pobreza consiste en la opción por los pobres. Jesús, *de los pobres hizo sus preferidos y de la pobreza voluntaria una condición para seguirlo* (FMI 1,21). Nos lleva a compartir los bienes con los pobres en una economía alternativa. *La comunidad se preocupa por dar un testimonio de pobreza en su*

*ambiente; se hace acogedora y abierta a todos, y se esfuerza en compartir sus recursos con los menos favorecidos* (FMI 1,25). La única justificación de cualquier forma de propiedades es la garantía que ello dé en orden a la misión y a la administración de los bienes que pertenecen a nuestros hermanos más pobres. La opción por los pobres se expresa en una economía que opta por ellos en su funcionamiento y objetivos.

La opción por los pobres es un signo de los tiempos y estilo de pobreza evangélica. La situación de empobrecimiento generalizado lleva a la convicción de que es necesario llegar a un nuevo pacto de solidaridad que no esté determinado por mecanismos o egoísmos sino ante todo por la responsabilidad hacia la humanidad. Para la vida religiosa, la opción por los pobres define ante todo los lugares de su presencia apostólica y los destinatarios de su misión. Esto ha producido un espectacular cambio de posiciones apostólicas y misioneras. Sin embargo la opción por los pobres no es nada fácil pues conlleva un estilo de vida opuesto al común en las sociedades desarrolladas. Supone, por tanto, una espiritualidad profética que puede llevar al martirio. Supone una confianza absoluta en Dios que trae el reino. Cuando la pobreza no está unida a un apasionante proyecto apostólico o misionero pierde su razón de ser carismática, incluso dentro de la vida contemplativa. El reino no consiste en la pobreza sino en el amor que se solidariza con los pobres y colabora con ellos en la liberación. El gran testimonio colectivo de pobreza no consiste en el no tener sin más, sino en convertir todo lo que tenemos en mediación de amor hacia los pobres. *Las hermanas se esfuerzan en solidarizarse efectivamente con los pobres, no sólo de palabra sino compartiendo con ellos amistad, tiempo y dinero. Uniéndose a los desfavorecidos en sus preocupaciones, sus penas y sus esperanzas entran en comunión con lo que ellos viven* (FMI 2,6,3) Entonces el no tener o el ir teniendo cada vez menos es una consecuencia del amor. Como Jesús dejamos todo porque tenemos un tesoro en el cielo, incluso aquí el ciento por uno con persecuciones.

2) La dimensión comunitaria de la pobreza consiste en tener todo en común. Es una comunidad de bienes y a través de los bienes. *La pobreza evangélica, que nos enseña a compartir los bienes espirituales, intelectuales y materiales, nos invita también a acoger los valores de aquellos a quienes se nos envía* (FMI 1,28). Los religiosos ponemos en común los bienes materiales y las experiencias espirituales, talentos e inspiraciones, ideales apostólicos y servicios de caridad.

Uno de los aspectos de la pobreza comunitaria es el trabajo. El pobre no puede permitirse el lujo de no trabajar. Este permite también un mayor compartir de bienes. El trabajo se convierte así en un instrumento de amor a todos y le concede su mayor dignidad. *Sometidas a la ley común del trabajo, consideramos todas nuestras actividades como un servicio que debemos hacer con ánimo y conciencia, motivadas no por el interés sino por el amor. Tratando de testimoniar la dignidad humana del trabajo, nos integramos en el conjunto de esfuerzos que realizan los hombres para edificar una ciudad terrena más justa y fraterna* (FMI 1,27). Se trata de tener un estilo de vida pobre, de hecho y de espíritu, afectiva y efectivamente. Es pobre el que no tiene sentido de la propiedad, el que actúa gratuitamente. Se llega a una desposesión por amor.

3) La dimensión ecológica de la pobreza consiste en la no posesión de las cosas, sino en admiración y frugalidad: *El amor a Cristo y el grito de los pobres, que llega hasta nosotras, nos lleva a discernir en la oración nuestras necesidades reales y a elegir individual y comunitariamente un estilo de vida sencillo* (FMI 1,25). Hoy día somos más conscientes del desafío ecológico que en el pasado. “Nuestro planeta ofrece todo lo que el hombre necesita, pero no todo lo que el hombre codicia” (Gandhi).

La pobreza en perspectiva ecológica nos lleva a descubrir la sacralidad de las

cosas. El hombre evangélico las venera. Se relaciona con ellas no como cosas sino como misterio, como expresión de Dios. La pobreza evangélica nos lleva a *maravillarnos y a dar gracias por la Creación, la vida y las actividades humanas que dan gloria a Dios* (FMI 1,28)). Se opone a un consumismo depredador.

4) La dimensión escatológica simbólica consiste en amar a Dios con todas las fuerzas. Ante todo se trata de confiar en el Dios de los pobres, buscar el reino de Dios. Dios es mi bien, el único que puede llenar mi vida. *La pobreza evangélica nos lleva además a vivir con confianza en la Providencia, a aceptar las privaciones y la inseguridad, a reconocer con paz nuestras limitaciones y flaquezas* (FMI 1,28).

Pobres en el espíritu como María, proclamamos la subversión mesiánica a favor de los pobres. Como María nos manifestamos vacíos de nosotros mismos para poner toda nuestra confianza en el Señor. *María, pobre del Señor, es la Mujer que acogió y dio al mundo a Jesucristo, su Hijo y nuestro hermano. Bendita entre las mujeres, nos enseña a cantar las maravillas que Dios realizó en favor de los humildes y de los pequeños. Nos invita a esperar todo de Dios y a darlo todo* (FMI 1,23).

Por la pobreza se entra en un proceso de vaciamiento para enriquecer a los demás como Pablo que aduce el ejemplo de Cristo (2 Cor 8,9) y su propio ejemplo (2 Cor 6,10). *Jesucristo, asumiendo nuestra condición humana, se hizo pobre para enriquecernos* (FMI 1,21). La forma más radical de pobreza no consiste en trasladarse geográficamente y sociológicamente a un lugar de pobreza, aunque ésa puede ser una consecuencia necesaria. Se trata de abnegarnos, de olvidarnos de nosotros mismos para salir al encuentro de los demás. Eso es amor: *Por la pobreza evangélica escogida por amor a Cristo pobre, nos introducimos en su dependencia respecto al Padre y vivimos en medio de nuestros hermanos los hombres con una actitud de acogida y de don* (FMI 1,22).

#### **4.6 Una vida profética o marginal en las fronteras**

La forma de vida marginal es la condición vital que caracteriza a quienes viven en los límites, a quienes traspasan las fronteras y se sitúan ante los umbrales, no sólo geográficos sino también sociales. Son zonas tensas, conflictivas, espacios de mediación y de enlace, de conjunción y disyunción. Algunos autores hablan de liminalidad<sup>8</sup>. No hay liminalidad religiosa y liminalidad no religiosa. Toda liminalidad sitúa las personas entre el horizonte de lo sagrado y lo profano. La vida cristiana es en sí misma liminal. Dentro de la comunidad cristiana hay diversas formas de liminalidad respecto al conjunto eclesial, hay diversidad de existencias fronterizas. La peculiar liminalidad de la vida religiosa se traduce:

1) En la *fuga mundi* como expresión de liminalidad. Históricamente lo que ha caracterizado a la vida religiosa ha sido la liminalidad. En el monacato, la *fuga mundi* no era separación del mundo sino colocación en su límite: desierto, zonas solitarias. La vida mendicante se situó en los confines de la pobreza. Más tarde la vida apostólica lo hará en las fronteras de la vida y de la muerte, del saber y la ignorancia, de la salud y la enfermedad. La vida religiosa no ha sido hostil al mundo; ha vivido entre la nostalgia del paraíso y las expectativas apocalípticas. Pero la vida religiosa es fronteriza: la vida en presencia permanente ante Dios, ante su misterio, la acentuación maximalista de la fe

---

<sup>8</sup> Sigo a García Paredes, "Liminalidad", en M. Vidal, *Diez Palabras sobre Vida Consagrada*, EVD, Estella 1997; *Idem, Teología de la vida religiosa*, ps. 535-578.

en la propia existencia. Ejerce un papel de mediación entre inmanencia y trascendencia, secularidad y sacralidad. Es un papel de mediación, de conjunción y disyunción, de anuncio y denuncia. Es memoria peligrosa del seguimiento de Cristo para toda la Iglesia en cuanto que la desestabiliza, la hace pensar en su compromiso radical con su Señor. Ella facilita a los demás el acceso al misterio. Propio de la vida religiosa es encontrarse situada entre dos mundos: como muertos al mundo y vivos para Dios, pero sin dejar de ser de este mundo.

2) En el umbral de la fe: Amar al Dios ausente es, a menudo, el único índice que le queda al testigo de su paso. El creyente se mantiene a la espera. El que está en el umbral nunca habla de la presencia de Dios sin evocar su ausencia. El reino de Dios está presente pero no se poseerá sino tras una terrible crisis.

3) En el itinerario hacia Dios: Dentro de la vida religiosa hay el límite de la santidad y el límite de la misión que nos sitúa en las periferias del mundo, de la pobreza, de la marginalidad.

4) En una gracia desde la liminalidad: La vida religiosa no es monopolio de las confesiones cristianas. También otras religiones tienen formas de vida afines. La vida religiosa muestra que lo más auténticamente humano es idéntico en todos los hombres y mujeres: la búsqueda apasionada de Dios. Todos estos grupos liminales tienden a encarnar de forma radical los valores más hondamente apreciados, especialmente los valores sagrados, aunque sea a precio de marginación y separación social. Los valores que estos grupos liminales resaltan son: 1) la relación del pueblo con lo sagrado (Dios); 2) la relación de unos con otros (comunidad); 3) la relación con la tierra en cuanto cuidado de ella (Pobreza); 4) relaciones personales por el crecimiento emocional y afectivo (castidad); 5) interacción de cooperación y solidaridad entre las personas (obediencia); 6) relación de la gente con el cosmos (soledad), 7) individuación (santidad).

La identidad de la vida religiosa emerge de la serie de relaciones que la sitúan:

1) Es el Espíritu el que la suscita en diversos contextos históricos como un proyecto comunitario y personal. El Espíritu es el agente de un misterioso proceso vocacional, de un descubrimiento de valores que sacan del propio mundo o ambiente y llevan o conducen a otro.

2) La vida religiosa está vinculada a la persona de Jesús, del cual intenta ser memoria viviente, poniendo de relieve su estilo marginal. Jesús es una persona marginal. No vive en el centro del imperio sino en el margen oriental; no en el centro religioso de su país, en Jerusalén, sino en los confines de la Galilea de los gentiles, en Nazaret de donde no puede salir nada bueno. No pertenece a una familia importante sino a la de un carpintero. No fundó una familia como es lo bien visto, sino que se mantuvo célibe. A partir de los treinta años se automargina, abandonando la familia, dejando su profesión y creando un grupo marginal que frecuenta determinado tipo de personas de mala fama. Su muerte en la cruz le excluye del mundo de las personas y le confina al de los esclavos. Jesús está tan en el margen de su religión, que dará origen a otra religión. Y esa persona marginal es la que ha roto los límites de la existencia humana y ha sido exaltado a la diestra de Dios como Señor de todo. De esa manera la vida de Jesús limita con dos fronteras: al norte, con la frontera de Dios, al sur, con la frontera de lo inhumano, con el esclavo, con el que no tiene derechos humanos reconocidos.

El estilo de vida de Jesús marcó a sus seguidores. Como él, muchos fueron predicadores ambulantes que vivieron en el celibato. Éstos vivían el testimonio al servicio de la comunidad, no para vivir un cristianismo mejor, sino para ayudar a las



Iglesias a encontrarse en la auténtica fidelidad evangélica. Se da una propuesta de nuevos valores que contrastan con los vigentes. Se rompe con la familia, la profesión, las propiedades. Se queda uno expuesto a la agresión, a la violencia. Se pierde la seguridad que da el judaísmo oficial, se pierde la vida. Y todo ello porque se ha encontrado un tesoro. Se proponen los ideales de la fraternidad, del servicio, de la acogida, de la no violencia, del perdón. En una palabra, un amor que va hasta el extremo de amar a los enemigos.

También María llevó una existencia marginal o liminal. Su misma condición de mujer le condenaba a una cierta marginalidad. Ella no formó parte del grupo de los que históricamente formaron la comunidad de Jesús antes de la resurrección, pero fue uno de los pocos miembros que supieron seguirlo hasta la cruz. Después de la resurrección ella forma parte de esa comunidad que espera la venida del Espíritu Santo. Por eso la vida religiosa marianista se inspira en la forma de vida de Jesús y de María. En María descubre cómo vivir en el umbral de la fe.

3) La identidad nace así mismo del tipo de relaciones que esta forma mantiene: con el misterio santo de Dios, tal como se nos acerca y revela en Jesús, el Cristo, con la gran comunidad de la Iglesia, con la gente, la sociedad, los pueblos y su historia, con la naturaleza.

## **5. LA VIDA DE LA ALIANZA MARIAL**

Por el momento y jurídicamente, la Alianza Marial es una asociación privada de laicas que tiende a convertirse en un Instituto Secular. Está compuesto de mujeres cristianas que han elegido vivir en el estado de celibato consagrado pero permaneciendo en el mundo. Al no vivir en comunidad, cada una debe tener recursos suficientes para hacer frente a sus necesidades personales<sup>9</sup>. Viven el carisma y el espíritu del P. Chaminade que en su tiempo inició unas experiencias de vida religiosa en el mundo. La Alianza Marial surgió en Francia y se está extendiendo sobre todo en algunos países de África y en Chile.

El fin que se proponen es reunirse para sostenerse mutuamente en el ideal que quieren vivir: 1) asegurarse una formación continua, 2) vivir la vida consagrada en el mundo, 3) llevar al evangelio a todos los ambientes: familia, barrio, lugar de trabajo.

Todos los medios que la Alianza les ofrece tienden hacia un único fin: ayudar a sus miembros a progresar hacia la santidad evangélica, lo cual les permitirá ser en verdad testigos del reino de Dios entre los hombres para transformar el mundo desde el interior por el poder de Cristo resucitado. La Alianza quiere ayudar a sus miembros a hacer que su vida cotidiana dé testimonio de Jesucristo y esté al servicio de los demás con la preocupación por los más pobres y por los más alejados de Cristo. A ejemplo de Jesús, de María y de José, todas llevan una vida de trabajo que les hace participar en la obra creadora de Dios y en el progreso de la humanidad en su marcha hacia Dios. En su trabajo comparten la condición de la mayor parte de los hombres y realizan su misión esencial de laicas.

La formación tiene que tener en cuenta que los miembros de la Alianza Marial tienen un trabajo profesional. Las reuniones sólo se pueden hacer el domingo o los fines de semana o durante las vacaciones. Cuando una mujer expresa su deseo de consagrarse a Dios en la Alianza, se pone en contacto con el capellán marianista, que le explica las

---

<sup>9</sup> Agradezco al P. Léo Pauels los materiales que me ha proporcionado para elaborar esta pequeña presentación.

grandes líneas de este compromiso y constata que no hay obstáculos. Entonces entra como aspirante y es confiada a uno de los miembros de la Alianza. El tiempo del Postulante puede variar según la situación de las personas. Durante este tiempo adquiere un conocimiento general de la espiritualidad marianista.

Durante los dos años de noviciado, las candidatas reciben una iniciación a la vida de oración (rezo de las Horas, meditación) y profundizan sus conocimientos bíblicos y teológicos. Al final del noviciado emiten por un año los tres votos de castidad, pobreza y obediencia que se comprometen a vivir de acuerdo con sus Estatutos. Después de varios años de votos temporales, pueden ser admitidas a la emisión de los votos perpetuos.

Los miembros de Alianza Marial profesan los consejos evangélicos consagrándose a Dios y a la Iglesia en el mundo. Es precisamente en el mundo donde tienden a la perfección de la caridad en cuanto ejercen eficazmente en todos los lugares su apostolado específico como si pertenecieran a la vida secular (PC 11a). Se trata, pues, de una forma de vida marianista intermedia entre la de los religiosos y la de los laicos. Lo dicho sobre los consejos evangélicos vale esencialmente para ellas. Lo dicho sobre el apostolado de los laicos marianistas también se aplica a ellas. El Estado en tiempos del P. Chaminade surgió de la Congregación al servicio de la Congregación. Quizás éste pueda ser el camino y la finalidad de la Alianza Marial dentro de la Familia Marianista: surgir de las Comunidades Laicas Marianistas y al servicio de las Comunidades Laicas Marianistas. En realidad ésa fue también la experiencia de las dos congregaciones religiosas marianistas.

Asumen los consejos evangélicos tendiendo a la perfección de la caridad, lo cual es esencial a todo tipo de *consagración*, pero viviendo en el *mundo* y trabajando por la santificación del mundo, desde el interior del mundo, lo cual es su nota específica. Se trata, pues, de una forma de vida intermedia entre la de los religiosos y la de los laicos. Como los religiosos practican los consejos evangélicos, como los laicos viven en el mundo, sin tener una comunidad religiosa en la que se hace vida en común. Así son un estímulo para los laicos mostrando cómo se puede vivir radicalmente el evangelio en unas circunstancias totalmente semejantes a las suyas. Al mismo tiempo ayudan al religioso a comprender su vocación específica que no se identifica con la vida consagrada secular y, por tanto, exige una cierta separación del mundo. Ésta se traduce en una profesión pública de los consejos evangélicos, una vida en comunidad, un apostolado comunitario. Mientras las mujeres de la Alianza Marial no van pregonando a los cuatro vientos que son mujeres consagradas, religiosos y religiosas marianistas deben aparecer claramente ante la Iglesia y el mundo como personas consagradas.

La secularidad consagrada no aparta del mundo, como sucede con los religiosos, ni de las actividades o profesiones seculares, sino que inserta a los consagrados más profundamente en la actividad secular y en las profesiones y estructuras de la ciudad terrena, con la finalidad de transformar las estructuras y la vida social de acuerdo con el plan de Dios. Los consagrados seculares se encarnan y se comprometen más radicalmente con el mundo para actuar en él como fermento y transformarlo desde dentro según el espíritu del evangelio. Tienen que estar en el mundo sin ser de él. Tienen que vivir íntimamente con los hombres participar de sus angustias y esperanzas pues su misión en el mundo coincide con su vivir en el mundo, con asumir la responsabilidad de la ciudad secular para ser agentes de la auténtica liberación y promoción humana. La secularidad consagrada debe ser el modelo de la armonía que debe existir entre el evangelio y el compromiso en el mundo. De esa manera su condición existencial y sociológica se convierte en su realidad teológica y en su camino para realizar y testimoniar la salvación.

Como consecuencia de su consagración, toda su vida está al servicio de la misión que es como un fermento en todas las realidades para imbuirlas de espíritu evangélico. Los miembros de la Alianza Marial intentan en su situación concreta de vida ser la levadura en el interior de las estructuras temporales testimoniando la vida cristiana y la fidelidad a la consagración propia, ofreciendo también su propia colaboración al servicio de la comunidad eclesial y en especial de las Comunidades Laicas Marianistas, según su estilo de vida secular propio.

También los miembros de la Alianza Marial viven la vida fraterna, pero no la vida en común. Viven en efecto en las situaciones ordinarias del mundo, sin ningún signo externo, solas, o cada una en su familia. A veces ni la propia familia sabía que eran miembros de la Alianza Marial, sobre todo en Francia donde la legislación prohíbe ser funcionario del estado a las personas que emiten votos religiosos. Muchas de estas mujeres trabajan en la enseñanza estatal. Al no haber vida en común, la fraternidad debe ser especialmente cuidada y fomentada por las especiales dificultades de una vocación que no cuenta con el apoyo, la ayuda y el estímulo de una comunidad en la vida diaria.

Los medios de la vida espiritual no difieren mucho de los de los religiosos: dedicarse intensamente a la oración, lectura de la Escritura, estudio religioso, retiros anuales, celebración de la Eucaristía a poder ser diaria, sacramento de la reconciliación, dirección espiritual.

## 6. EL ITINERARIO ESPIRITUAL MARIANISTA

### 6.1 *El punto de partida*

En el itinerario espiritual marianista se trata de, como María y con María, seguir a Jesús en una comunidad de discípulos animada por el Espíritu de Jesús<sup>10</sup>. Se sigue a Jesús por la fe puesto que él no está presente físicamente. *Como María* seguimos a Jesús. María es la primera de los creyentes, la primera de los discípulos que acompañan a Jesús. María acompañó también la Iglesia naciente. Ella resume y personifica esa Iglesia de los seguidores de Jesús. El seguimiento de Jesús es al mismo tiempo vocación y con-vocación; tiene una dimensión personal de fe, pero de fe que se vive en comunidad. Con María significa en *alianza con María*, lo cual implica:

1. Acogemos a María como don precioso de Dios como hizo el discípulo amado. Supone la iniciativa de Dios y la intervención de María, que nos ha elegido, nos ha llamado, o nos hemos sentido llamados al contemplar su misión en el plan de salvación de Dios. Es una gracia de María el pertenecer a la Familia de María.

2. Impulsados por el amor de Jesús a su madre, nos entregamos a María, momento más específicamente filial, que nos lleva a dejarnos formar a imagen de Jesús. El amor de Jesús a su madre se ha expresado en haberla elegido como madre suya. Pero la fe también nos hace concebir a Jesucristo en nosotros mismos (Ef 3,17; Jn 1,12). Es

---

<sup>10</sup> Cf. *Libro de Vida*, de las Fraternidades de Madrid, *pro manuscripto*; S. Hospital, *Virtudes Marianistas*, en DRVM; *Lectura del "Método de virtudes" hoy. Algunos aspectos de una ascética marianista*, SPM, Madrid 1995; E. Aguilera- J. M. Arnaiz, *Encarnar la Palabra. Oración e itinerario espiritual marianista*, SPM, Madrid 1998; J. M. Arnaiz, "Camino marianista de vida cristiana", Rev. Mar. Inter. 13 (1992) 35-67. También en L. J. Cada, *The Promised Woman.: Proceedings of the International Symposium on Marianist Spirituality, May 5-13, 1992, Dayton, Ohio, USA*. Monographs Series No. 37, Dayton: NAMCS, March 1995, pp. 565-597. Todo el libro está dedicado a la espiritualidad marianista vista desde las diversas culturas.

Jesús el que en nosotros sigue amando a su madre.

## **6.2 El objetivo**

La meta del itinerario es la transformación en Jesús. Por la alianza con María, María y el Espíritu nos forman a semejanza del Hijo: Hijo de Dios hecho Hijo de María para la salvación de los hombres. En la vida espiritual el gran formador es el Espíritu pero junto a él está la persona de María. El Espíritu nos configura con Cristo en el bautismo, sobre todo con su muerte y resurrección. El Maestro interior, como se ha llamado al Espíritu, no tiene otra misión que la de introducirnos en el misterio pleno de Jesús hasta transformarnos en Cristo (Jn 16,12-15). María tiene una especial sintonía con el Espíritu que la cubrió con su sombra desde el momento de la anunciación. Ya en su Inmaculada concepción la había plasmado a imagen de Jesús, toda santa y llena del amor de Dios. El Espíritu hizo de ella la primera discípula de Jesús en torno a la cual se congregó la Iglesia naciente para acoger ese mismo Espíritu. Por eso ella y el Espíritu nos forman a semejanza de Jesús.

El primer medio de que se sirve María para hacernos discípulos e imitadores de Jesucristo) es la voz dulce y poderosa de sus ejemplos. Su vida es una predicación sencilla, elocuente y al alcance de todos. *Como María seguimos a Jesús. María nos muestra el camino de la auténtica vida cristiana. Siguiendo su ejemplo de fe, de pobreza evangélica y de disponibilidad al Señor, esperamos poder reflejar en torno nuestro la cordialidad con que María acogió a Dios y a los hombres. Como Ella queremos comprometernos plenamente con las exigencias del misterio de nuestra vocación* (RV 8).

Lo esencial es formar en nosotros el espíritu interior, el espíritu de María, que es un espíritu de fe y de oración. El P. Chaminade para ello recomienda tres medios. El primero será formarnos según los rasgos de Jesucristo. El segundo, formarnos en las virtudes, por el ejemplo de la augusta María. El tercero, formarnos con las reglas del Instituto de María, es decir, en los consejos evangélicos.

La alianza con María nos lleva también a compartir su misión: formar en la fe a una multitud de hermanos para su Hijo primogénito. Se trata de ser los servidores de las bodas de Caná (Jn 2), que participan de la misión de María de llevar los hombres a Jesús. Para ello están llenos de fe, dispuestos a hacer lo que Jesús diga. Pero eso supone transformarse en Jesús, ser como Jesús que es el verdadero misionero, enviado del Padre.

## **6.3 Las dimensiones o etapas del itinerario**

Seguir a Jesús comporta compartir su estilo de vida, compartir su misión y compartir su destino de muerte y resurrección. Las etapas de ese itinerario están esbozadas en el himno de la carta a los Filipenses en el que se inspira muchas veces el P. Chaminade para sus propuestas (Filp 2,5-11). Se trata de un doble movimiento, de bajada y de subida. A la bajada San Pablo le llama *kénosis*, vaciamiento. La subida es la exaltación en la gloria. Sin muerte no hay resurrección. Una vida que participa en la muerte de Cristo lleva a la resurrección. Al proceso de muerte y resurrección, San Lucas lo denomina *éxodos* (Lc 9,31), con sus aspectos dolorosos y triunfales. También María ha vivido su itinerario o peregrinación en la fe (LG 58) que Juan Pablo II ha descrito en la *Redemptoris Mater* (1987). El itinerario de Jesús y de María están íntimamente asociados y entrelazados y tienen sin duda el mismo sentido de descenso y exaltación, pues María por su fe estuvo íntimamente asociada al misterio y a la misión de Jesús.

El *movimiento de descenso* descrito por San Pablo comporta las siguientes etapas:

1) La encarnación: El Hijo de Dios se despoja y se vacía de la divinidad y se hace hombre en el seno de María, por obra del Espíritu Santo. Con la anunciación ha empezado el itinerario de María, un itinerario de fe que se abre a Dios y lo encarna en su seno. En la visitación es proclamada dichosa por haber creído. Ella declara que Dios ha mirado la humildad de su esclava. Es en la fe como María vive los diversos episodios de infancia de Jesús, que apuntan todos hacia su destino de muerte y glorificación. La fe la pone siempre en camino.

2) La vida oculta y pobre: Jesús, siendo rico se hizo pobre. Podía haber elegido una familia noble y haber vivido como los nobles y ricos, sin grandes problemas. En cambio optó por ser como un hombre cualquiera para solidarizarse con todos, incluso con el más bajo. En el momento de encontrar a Jesús en el templo, no comprendió lo que Jesús decía con el debo ocuparme de las cosas de mi Padre. María vive, pues, en la fe, vive su propia noche oscura.

3) Una vida profética, en el límite, en el margen: Jesús no fundó una familia, abandonó su familia terrena, abandonó su profesión, se convirtió en un predicador ambulante viviendo con un grupo abierto a los publicanos y pecadores. María no formó parte de la comunidad histórica de los discípulos que convivieron con Jesús. Sin embargo vive el mismo espíritu: buscar la voluntad de Dios y ponerla en práctica. Ella es el modelo de los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen. Por eso el evangelio de Juan la sitúa en los momentos claves de la vida pública de Jesús, al inicio y al final. La peregrinación de la fe de María se manifiesta especialmente en las bodas de Caná, donde por su fe, Jesús hace el primero de los signos y sus discípulos creen en él.

Este nuevo tipo de vida empieza con el bautismo en el que es ungido por el Espíritu para realizar su misión mesiánica de liberación. En el bautismo, Jesús se solidariza con los pecadores y se identifica con el siervo sufriente de Yavé. En las tentaciones, Jesús rechaza el mesianismo político triunfalista y opta por la vida ordinaria y no milagrosa. Pero al mismo tiempo es una persona dotada de poderes que pasó haciendo el bien. Para emplear adecuadamente esos poderes como signo de la presencia del reino, Jesús ha ido discerniendo, dejándose guiar por el Espíritu y por la Palabra de Dios.

Jesús anuncia y hace presente el reino de Dios, al que experimenta como su Abbá que trae un reino que es fraternidad y justicia para todos, sobre todo para los pobres y los pecadores. Esto le acarrea la oposición de la autoridad religiosa y desencadena el conflicto y el rechazo de su persona ya en su ministerio en Galilea.

Jesús experimentó ese rechazo como una *crisis* que le llevó a la decisión de ir a Jerusalén para afrontar las autoridades judías, a las que sin duda provocó con su intervención en el templo y la expulsión de los mercaderes.

4) La muerte en cruz: Jesús tocó el fondo de la condición humana obedeciendo hasta la muerte de cruz. Todos debemos morir, pero la muerte de Jesús no fue una muerte natural. Fue un condenado a muerte. Su muerte fue la consecuencia de su estilo de vida y de su predicación. Fue una muerte ignominiosa, como la de un esclavo, que no es una persona humana sino simplemente una cosa. En la eucaristía Jesús está reducido también a los signos materiales que hacen presente su muerte, pero también su resurrección. Jesús aceptó ese tipo de muerte y no trató de evitarlo echándose atrás en su misión. Está convencido de la llegada del reino de Dios en el cual él va a celebrar el banquete junto con las personas que como el buen ladrón acogen ese reino. Así se hizo solidario de tantas personas condenadas injustamente. Jesús murió para que ninguno sea condenado más a muerte. En aquel momento Jesús fue abandonado por sus discípulos.

Tan sólo fueron capaces de resistir en la fe María, las otras mujeres y el discípulo amado. María participa de la humillación de su hijo y experimenta la desapropiación del hijo que le pertenecía y es invitada a acoger a los discípulos de Jesús en la persona del discípulo amado. Es, por tanto, el momento ya del comienzo de la exaltación de Jesús y de atraer a todos hacia sí.

El *movimiento de exaltación* del crucificado comporta su resurrección, su ascensión a la derecha de Dios Padre, constituido Señor ante el cual se dobla toda rodilla, y el envío del Espíritu. La exaltación de Jesús es la consecuencia de su muerte. La atracción de todos hacia sí tiene lugar en torno a María que sirve de punto de referencia para los apóstoles después de la ascensión a la espera del Espíritu Santo. La fe de María se transforma en realización gloriosa en su asunción. Ahora en el cielo sigue acompañando a la Iglesia que peregrina todavía aquí en la tierra y es para ella signo de esperanza.

El bautismo nos configura con la vida, muerte y resurrección de Jesús. Mediante el don del Espíritu somos capaces de seguirlo. La fuerza del resucitado nos ayuda a participar en los misterios de su vida y de su muerte. La etapa de la vida oculta es muy importante para toda la Familia Marianista. Es el desafío de vivir en la cotidianidad, leyendo mediante la fe los signos de los tiempos para descubrir las interpelaciones de Dios y ser capaces de responder con creatividad. Es el testimonio de nuestra vida cotidiana la que hace presente a Jesús en la vida de familia, en el trabajo, con los vecinos y amigos, en las diversas asociaciones sociales, religiosas y políticas en las que participamos, en las alegrías y diversiones, en los sufrimientos. Es la vida de todo hombre. Es la espiritualidad de la encarnación.

La llamada al seguimiento de Jesús en su vida pública se dirige a todo cristiano. Pero no todos sus elementos son realizables por todos. Jesús tampoco impuso a todos los discípulos las mismas exigencias, sobre todo la de compartir su vida en el grupo que vivía con él. Pero la vida consagrada de los religiosos y de los institutos seculares se ha inspirado directamente en este tipo de vida un tanto desarraigada y radical. Los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia se inspiran en las palabras y los ejemplos de Jesús. La vida religiosa forma también un nuevo tipo de familia inspirada en la comunidad de los discípulos de Jesús. Lo importante, por tanto, para todos los miembros de la Familia Marianista es vivir la presencia del reino, tal como Jesús lo formuló en las bienaventuranzas y tomar parte en el anuncio del reino. Se trata de vivir los valores del evangelio que están en profundo contraste con la cultura del mundo.

La vivencia del evangelio será conflictivo, tanto para los religiosos como para los laicos. Si hoy día nuestra vida no provoca el conflicto es porque hemos descafeinado el evangelio, lo hemos hecho demasiado *light*, de manera que no inquieta a nadie. Cuando uno trabaja a favor de los pobres, como la Madre Teresa de Calcuta, uno puede recibir el reconocimiento hasta del gobierno, pero si uno denuncia las causas de la pobreza, como hizo Mons. Romero, los poderosos de este mundo eliminan a todos los que ponen en cuestión este orden mundial injusto.

Lo que los sinópticos presentan como un a secuencia histórica, primero participar en la pasión de Cristo y después en su resurrección, eso lo experimenta san Pablo simultáneamente en su misión mesiánica, en su apostolado: la participación en el sufrimiento de Jesús en el servicio apostólico es al mismo tiempo una participación en la vida eterna del Cristo resucitado y glorificado (2 Cor 4,8-12; 6,9-10). También el P. Chaminade resume todo en morir con Cristo y vivir con Cristo. No son dos etapas sucesivas sino simultáneas. Es la vida del resucitado presente en nosotros por su Espíritu la que realiza los dos aspectos: morir con Cristo y resucitar con él. Nosotros debemos colaborar con la acción del Espíritu. El camino espiritual marianista hace

pasar:

1) *De una vida centrada en sí mismo a una vida centrada en Cristo.* La conformidad con Jesús es la mística que hace posible una ascética de renuncia a sí mismo que se expresa en un camino de preparación y purificación que nos ayuda a ser libres para concentrarnos totalmente en Jesús.

2) *De las palabras y la teoría a una experiencia vivida.* Se trata, como María, de encarnar la Palabra.

3) *De la promoción humana a la evangelización.* La espiritualidad marianista nos lleva espontáneamente a hablar de Jesús, que nos convierte en sus misioneros. Para nosotros la fe y la justicia se unen en la misericordia, que es el modo mejor de testimoniar a Jesús hoy.

4) *Del proyecto a la realización.* La espiritualidad marianista genera respuestas a los retos actuales. Nos lleva a adoptar nuevas estrategias personales y comunitarias.

#### **6.4 La vida de la fe**

La vida del Espíritu es la vida de la fe. Dios se revela en Jesucristo, su Palabra hecha hombre. Por la fe aceptamos esta revelación y nos entregamos de corazón al Señor. Este se convierte en el centro de nuestra vida, de manera que estamos a su espera y tratamos de discernir los signos de su presencia, dedicándonos generosamente a la oración, litúrgica y personal. La liturgia es la oración del mismo Cristo y del Pueblo de Dios (RV 48). A través de la liturgia se despliega el misterio de Cristo, que se hace presente en la Palabra y en los sacramentos. El nos asocia a su alabanza al Padre por la fuerza del Espíritu para salvación de los hombres (RV 49). El centro de nuestra jornada es la celebración eucarística porque nos sumerge en el misterio pascual de Jesús que da sentido a la vida religiosa. En la Eucaristía nos unimos a Cristo en su alabanza a Dios Padre, formamos un solo cuerpo y hacemos de nuestra vida un sacrificio espiritual (RV 50).

En el rezo de las Horas prolongamos ese diálogo ininterrumpido de amor entre la Iglesia y su Esposo, utilizando las palabras que Dios mismo ha inspirado, a lo largo de la odisea del Pueblo de Dios (RV 51). También para los miembros marianistas que no pueden participar diariamente en la liturgia, ésta sigue siendo la fuente y la meta de toda su actividad.

Esa misma Palabra que es Cristo, pues toda la Escritura confluye en él, viene a nuestro encuentro en la lectura y meditación personal de la Palabra acogida con fe, meditada y compartida (RV 54). En la meditación u oración personal dejamos que el Espíritu ore en nosotros, tome posesión de nuestras vidas y nos llene de sus dones. De esa manera el Espíritu se convierte en el guía que nos lleva hacia Jesús y hacia la plenitud de la verdad (RV 55). La contemplación del plan de amor del Señor nos transforma interiormente y nos lleva a comprometernos con su misión salvadora. La oración nos mete en el corazón de la vida, traspasando el velo de la superficialidad, para descubrir a Dios actuando en el mundo.

A ese mundo somos enviados para estar cercanos a la gente, insertos en su cultura y practicando el diálogo. En esta sociedad secularizada en la que nos toca vivir se experimenta la ausencia de Dios y el tener que vivir a la intemperie. Sólo es posible, como lo vio nuestro fundador, si tenemos comunidades en las que se vive y se comparte la fe.

El trabajo apostólico, es decir la vida, nos lleva también a la oración, es decir a saber situarnos ante Dios, desde la humildad y la purificación interna, pues el contacto con la realidad disipa las posibles ilusiones (RV 56). Sobre todo el trabajo entre los

pobres y a favor de los pobres nos da la certeza de estar siguiendo a Jesús.

La oración consiste en ir contemplando los misterios de Cristo en unión con María y dejar que se reflejen en nosotros dejando la impronta que dejaron en María (RV 57). La oración es un ejercicio de fe, no tanto de aceptar proposiciones dogmáticas cuanto de abrir nuestro corazón para acoger a Jesús en nuestras vidas de tal manera que se produzca la unión con él, la transformación en él. De esa manera el Espíritu nos conduce a la comunión con el Padre. Orar es entrar en la comunión de la Trinidad, con todo su gozo, pasión y sufrimiento (RV 58).

María es modelo de la escucha de la Palabra de Dios (Lc 1,37; 2,19.51; 8,21; 11,28). Lucas presenta a María como figura de la Iglesia que escucha y medita la Palabra de Dios, la encarna y la anuncia al mundo. Pero María es también el modelo de la entrega total al reino. Unidos a María contemplamos los misterios de Cristo, tal como los presenta la Palabra y actualiza la liturgia. Es la Iglesia la que actualiza hoy día los misterios de Cristo en el mundo, es decir, deja que los misterios de Cristo se reflejen en su existencia como dejaron su impronta en la vida de María. Jesús fue educado por María, que a su vez se dejó educar por él, aprendiendo a ser discípula suya. Cada uno de nosotros en unión con María nos dejamos transformar por obra del Espíritu, que nos configura con Jesús (RV 6).

Tan sólo el amor de Cristo va a posibilitar el combate espiritual y el esfuerzo ascético necesario para superar los obstáculos que encontramos en el seguimiento de Cristo (RV 62). Ese esfuerzo ascético es la contribución del hombre en el itinerario espiritual en el que Dios lleva la parte más importante. Pero el hombre tiene que ser consciente del actuar de Dios y dejarlo actuar, dejarse guiar por el Espíritu. El P. Chaminade intentó delinear un método de virtudes en torno a tres etapas o dimensiones del itinerario espiritual.

En la *etapa de preparación* tratamos de conocernos, ser dueños de nosotros mismos y ponernos dócilmente en manos de aquél que nos dirige, dando un sí incondicional a la vida, también a los aspectos sufrientes de la vida (silencio, recogimiento, obediencia, soportar las mortificaciones).

La *etapa de purificación* nos permite conocer y superar los obstáculos interiores y exteriores mediante la purificación del corazón para centrarlo en Cristo. Pero además nos ayuda a desarrollar las cualidades y disposiciones para la responsabilidad y el servicio. Así podemos vivir los misterios de Cristo, de muerte y de resurrección. Se trata de morir con Cristo para vivir con Cristo desarrollando el germen recibido en el bautismo. Ese morir con Cristo es efecto de la acción del Espíritu en nosotros que nos lleva a desapropiarnos de nosotros mismos y entregar libre y amorosamente nuestra persona a Dios. Se trata de entregar como Jesús la vida a favor de los demás. Le entrega definitiva tendrá lugar en el momento de nuestra muerte. Pero toda vida religiosa marianista está pensada para realizar ese vaciamiento de sí mismo que permite llenarse de Dios y de los demás. En este período se experimenta la necesidad de ser redimidos y liberados y de redimir y liberar a los demás. Sin esta dimensión de purificación quedará uno en la mediocridad. Muchas veces nos pondrá en crisis para dar un salto profundo en nuestra vida. En esta etapa hay que prestar mucha atención a nuestro estilo de vida que condiciona nuestra vida de oración.

La *etapa de consumación o plenitud* se experimenta cuando no oponemos ningún obstáculo a que Cristo viva plenamente en nosotros. Viviendo con él nuestra vida se renueva como la de Cristo resucitado. La muerte continua a amenazar nuestra existencia pero estamos seguros de resucitar junto con Cristo. En esta etapa se vive de la fe y del amor: se ama sirviendo y se sirve amando. Característica de esta etapa es una oración de presencia.